

Iván Witker

HONECKER.

EL CONVIDADO DE PIEDRA
EN LA TRANSICIÓN CHILENA

Crónicas, cronología, personajes



HONECKER:

EL CONVIDADO DE PIEDRA EN LA TRANSICIÓN CHILENA

Crónicas, cronología, personajes

Honecker: el convidado de piedra en la transición chilena

Iván Winker

Santiago de Chile, marzo 2026

Primera edición

ISBN: 978-956-6276-83-8

Ariadna Ediciones

ariadnaediciones.cl/

<https://doi.org/10.26448/ae9789566276838.164>

Portada y diagramación: Matías Villa Juica.

Obra bajo Licencia Creative Commons



Ariadna Ediciones postula y/o indexa su producción en Repositorio ANID (solo proyectos con folios FONDECYT u otras agencias de financiamiento chilenas), Book Citation Index (sólo en inglés), ProQuest, OAPEN, ZENODO, HAL Archives Ouvertes, DOAB, Digital Library of the Commons, SSOAR, Open Library (Internet Archive) Catalogue du Système Universitaire de Documentation (SUDOC, Francia); UBL (Universidad de Leipzig).

Impreso en Talleres Gráficos LOM.

HONECKER:

EL CONVIDADO DE PIEDRA EN LA TRANSICIÓN CHILENA

Crónicas, cronología, personajes

Iván Witker



Para Daniela,
Constanza
y Magdalena

Índice

Prólogo	11
Introducción	17
El convido de piedra	25
Fidelidades emocionales: <i>die Nibelungentreue</i>	43
Síntesis cronológica del caso Honecker	67
Glosario de las relaciones chileno-germanoorientales ..	79
Índice de personas	85
Bibliografía	89

Prólogo

Honecker fue uno de esos líderes incapaces de ver su ocaso político, como tampoco el *Zeitgeist* que impregnó su caída y la disolución de la República Democrática Alemana.

A pesar de que con apenas 44 años de edad -al despuntar la década del 70- supo divisar y materializar el tránsito desde un régimen comunista enteramente dominado por Moscú a otro inscrito en la misma corriente ideológica, pero de corte más bien nacionalista, su visión de futuro se agotó hacia finales de la década de los 80.

El hito lo marcó la llegada al poder de Mijail Gorbachov en el Kremlin. Ahí se inició su crepúsculo. Dejó de ser el líder de aquello que en la RDA se denominaba “sociedad socialista desarrollada” y que veía el mundo con un lente ideológico, pero profundamente germano.

Honecker se mostró incapaz de generar condiciones para integrarse a la red renovadora que estaba gestándose en torno al líder soviético, aunque una pregunta contra-fáctica pertinente es si aquello le hubiese permitido a la RDA evitar la hecatombe generalizada en que cayó todo el bloque soviético y todo el llamado “campo socialista”.

El ascenso de Gorbachov fue tan fulgurante que dejó muy pronto en evidencia la fatiga del modelo de Honecker. En aquella encrucijada que alcanzó dimensiones globales,

la RDA empezó a naufragar y el liderazgo de Honecker se difuminó; para siempre.

El suyo era un modelo con buenas dosis de hermetismo. Sin embargo, la verticalidad e ideologización del proceso de toma de decisiones fue suficiente para que la elite de la RDA se viera impedida de percibir la profundidad de los cambios en el ámbito internacional, marcados por Gorbachov.

Tampoco pudo captar la sagacidad de Ronald Reagan. Sencillamente no comprendió los cambios globales y se negó a aceptar que el ciclo comunista esencial llegaba a su término.

A Honecker y su entorno le fue imposible hacer una evaluación realista de las capacidades del Estado germano-oriental. Paralogizado ante los hechos, el establishment creyó inicialmente que, destituyendo a Honecker, podría aquietar las aguas. Por eso, su separación del poder fue un gesto más bien administrativo; no político. No fue acompañado de un plan de acción medianamente coherente. En aquellos momentos tan álgidos, se limitó a adoptar medidas dispersas, ambiguas y reactivas.

Su conducta aceleró la efervescencia. Las fuerzas externas, provenientes de las convulsiones en todo el llamado “campo socialista”, más la energía interna de una sociedad que empezó a intuir con rapidez la inminencia de un cambio definitivo, terminaron arrasando con cuanto se había construido en la antigua zona de ocupación soviética. Las fisuras ya no volverían a cerrarse.

Proliferaron manifestaciones callejeras, bajo un lema muy simbólico del estado de ánimo reinante: *Wir sind das Volk* (Nosotros somos el pueblo). Las exigencias de apertura abrumaron el futuro.

Desde el entorno de Gorbachov ya se había advertido que cada país debía resolver sus propios asuntos. Había

popularizado la “doctrina Sinatra” (cada quien a su manera). No habría intervención militar externa como en décadas anteriores en Hungría o en Checoslovaquia.

El torbellino dejó al descubierto el fin de esa visión *huntingtoniana* que tuvo Honecker, durante los setenta hasta mediados de los ochenta, respecto a la gobernabilidad del país. Su sucesor, Egon Krenz, no demostró condiciones para reemplazarlo. Superado por los acontecimientos, se percató de inmediato de su imposibilidad de comunicar objetivos.

Tampoco pudo mitigar las dudas que agobiaban por esos días a la población de la RDA y que conectaban con la nueva atmósfera que había generado Gorbi, como le llamaban los alemanes. Ninguno de los dos líderes -ni el saliente, ni el entrante- estuvieron posibilitados de “absorber la vida [política] en toda su deslumbrante complejidad”, en palabras de Isaiah Berlin.

Más dubitativo aún fue el miembro del Buró Político del partido gobernante, PSUA, Günter Schabowski, mandado por el gobierno para comunicar a la prensa la decisión de abrir puestos fronterizos hacia la Alemania Federal. Reaccionó de manera tan vacilante frente a una pregunta periodística acerca del momento exacto a partir del cual se levantaba esa restricción, que sus palabras marcaron el inicio del final. “Hasta donde yo entiendo ... esto entra en vigencia de manera inmediata... sin demora”. Eran las 19 hrs del 9 de noviembre de 1989.

El Muro que dividía Berlín llegó a su fin en ese preciso instante. Nunca se sabrá si aquel episodio fue un simple accidente de la historia. Si ocurrió producto de un error de apreciación de la elite comunista, o por nerviosismo ante acontecimientos nunca previstos o por mala preparación individual de Schabowski para enfrentar a los medios de comunicación, o quizás fue un gesto calculado de parte de

un régimen angustiado de manera repentina y agotado por completo.

El fin de la RDA fue la conjunción de un movimiento contestatario que se tomó las calles y creó innumerables iniciativas ciudadanas demandando mayores márgenes de libertad con esa energía externa incontenible. Era el espíritu de final de ciclo; *Zeitgeist*.

Su derrumbe no obedeció a un plan pre-concebido. Ejemplo de ello es que nadie pensó cuál sería el destino del derrocado líder y su familia, especialmente por el papel relevante de su esposa Margot, el cual iba mucho más allá de lo que en Occidente se suponía.

Honecker es un buen ejemplo a la hora de examinar el papel del individuo ante la historia.

¿Responde el individuo, como señala F. Braudel a una simple “cresta de espuma” o a una “perturbación en la superficie”?

¿Fueron la destitución, fuga, procesamiento y posterior exilio de Honecker simples oleajes de corrientes submarinas poderosas y que auguraban un inevitable final de comunismo?

A partir de aquel momento histórico, uno de los vestigios más significativos de la Guerra Fría se conectó de manera intensa con la vida política chilena.

Tras huir a la capital rusa, sin saber exactamente qué hacer, terminó instalado en calidad de huésped de la embajada chilena en Moscú. Luego de numerosas vicisitudes, se trasladó a Santiago. Llegó al país y lo hizo en relativo silencio. Sabía que no sólo su salud le impediría tener una vida activa en el exilio. La salud del país que lo acogía era políticamente delicada y él estaba consciente que llegaba a Santiago a pasar la etapa final de su vida. Entendía, al menos *grosso modo*, la realidad local.

Aceptó convertirse en un invitado de piedra de la transición chilena.

Al igual que en **Don Juan y el Comendador**, su rostro adusto, hierático, con mirada severa, asemejaba a una estatua que irrumpía de golpe desde tiempos pretéritos. Representaba un pasado que salía a regañadientes del escenario global.

Sabía que elegir a Chile generaba incomodidad. Viviría tranquilo, pero marginado. Llegaría a un lugar demasiado lejos de su querido territorio alemán, lo que significaba en cierta forma un castigo divino, pero aceptaba agradecido el destino. Chile le ayudaba a eludir un sino peor.

He aquí un sobrevuelo a sus peripecias finales y a las razones que lo llevaron a escoger este país. Se ha buscado reunir nombres y fechas; íres y venires de quienes algo tuvieron que ver en sus decisiones finales. Son apuntes sobre un individuo que terminó siendo el gran invitado de piedra al difícil camino que inició Chile hacia la democracia a comienzos de los años noventa.

Introducción

Erich Honecker falleció en su última morada a más de 12 mil kms de su terruño alemán. Fue en su casa en el sector oriente de Santiago. Llevó allí una vida relativamente apacible, combatiendo un cáncer de riñones. Sin embargo, fue el corazón el órgano que finalmente le avisó que su presencia terrenal llegaba a su término.

Poco menos de año y medio duró su exilio en Chile. Mirando atardeceres hacia la cordillera de los Andes, en la comuna de Las Condes, cargando una indudable frustración por el final de su obra, la RDA, y con una fuerte incógnita acerca de su cotidianeidad y su devenir. Vivió inmerso en un drama existencial innegable.

Los últimos dos años habían sido llenos de aventuras. Peligrosas, tristes, inesperadas. El cáncer lo tenía sentenciado. También debía ser cauteloso en extremo. Lo imprevisible de su estadía en Chile, lo obligaba a circunscribir sus actividades. Ojalá pasar inadvertido.

Sus días transcurrieron rodeado de un pequeño entorno de seguridad que lo mantenía a resguardo. Eran “voluntarios”. Muy probablemente militantes del Partido Comunista chileno.

Honecker y su esposa querían no sólo evitar periodistas alemanes y chilenos. Temían también a fisgones que merodeaban por simple curiosidad. Deben haber pensado que más de uno quisiera fotografiarlos de manera subrep-

ticia o funarlo. Quizás, cometer algo grave. La conciencia respecto a lo ocurrido durante sus años en el poder no lo dejaba tranquilo.

Tampoco tenía motivos para dudar que la inteligencia alemana -*Bundesnachrichtendienst*- seguía sus pasos.

Pese a comprender las vicisitudes de su llegada y estadía en Chile, pudo intuir, sólo superficialmente, que su presencia era una tremenda piedra en el zapato para el proceso de transición a la democracia que vivía Chile en ese momento. Mucho se puede especular sobre aquello.

La verdad es que nadie imaginó a una de las figuras protagónicas de la Guerra Fría terminando sus días en suelo chileno y que su caso se transformaría en una auténtica singularidad.

Por eso, aunque hayan pasado ya varios años desde su fallecimiento, sigue muy presente en las discusiones políticas la idea de cómo pudo haber chilenos dispuestos a aceptar esto de dar asilo a un jefe de Estado tan rocoso, en circunstancias especialmente sensibles.

Son disquisiciones interesantes, sin duda, pero que eluden una cuestión política central, formulando la duda de manera inversa. ¿Qué llevó al líder germano-oriental a elegir, finalmente, Chile?

Cuando se ha planteado tal pregunta, las respuestas más comunes no salen de la trivialidad. La principal, asegura que, como su hija Sonia, su nieto Roberto y su yerno Leonardo, ya habían escogido vivir acá, era “normal” desear llegar a Santiago y estar con ellos. Una respuesta, sin dudas, acomodaticia y que no da cuenta de la envergadura del personaje.

La verdad es que Santiago nunca fue para ellos un *genius loci* -un “lugar con genio”- como describe Fernando Savater esos puntos geográficos íntimos, con rincones cé-

lebres, de culto, idiosincráticos. Veían a Chile básicamente con curiosidad política, pero asumían que era en muchos aspectos una *terra ignota*. Sabían que el país era más que el grupo de chilenos *allendistas* que habían conocido y con quienes habían cultivado sentimientos de cercanía.

La verdad es que la trayectoria de Honecker lo muestra más bien como un personaje alejado de las motivaciones y devociones familiares. Si hubiese sido una decisión inspirada únicamente en el amor por sus descendientes, habría optado por Chile rápidamente el 18 de octubre de 1989, cuando fue destituido por Egon Krenz. En aquel momento, su hija, yerno y nieto ya vivían en Santiago. Apparentemente felices.

Se ha sabido -tras la publicación de las memorias del nieto (**Ich war der letzte Bürger der DDR. Mein Leben als Enkel der Honeckers**, Insel-Verlag, Berlin, 2019)-, que, efectivamente, la familia entera, pese a sus vicisitudes, decía estar contenta en este país gobernado aún por el general Augusto Pinochet.

No puede pasar inadvertido que la política era para Erich Honecker y su esposa Margot el arte del poder y soñaban que, más allá de lo agobiante de las noticias que llegaban día a día, pronto todo podría retomar un cauce “normal” en la RDA. Incluso, habiendo ya caído el Muro en Berlín, tenían confianza y orgullo en la solidez institucional de lo que consideraban su obra, las instituciones estatales de la RDA. Es por eso que prefirieron, inicialmente, seguir en suelo germano-oriental.

Conciencia de los cambios fueron tomando a cuentagotas. A las pocas semanas de haber sido destituido, su existencia vital se hizo literalmente imposible. Debieron abandonar presurosos la casa presidencial en el barrio de Wandlitz en Berlín oriental y pronto comenzó un deambular físico sin un norte fijo. Una huida física y concreta hacia

algún punto donde descansar y darse un respiro para tratar de entender qué estaba ocurriendo en realidad. Nunca estuvo en sus planes el exilio.

Incluso, aceptaron el albergue provisorio dado por Uwe Holmer, un pastor luterano, que, pese a haber sido perseguido por el régimen comunista, se apiadó cristianamente del matrimonio. Hizo un sacrificio tremendo; jamás recibió una nota de agradecimiento.

Dadas las precarias condiciones físicas del matrimonio, el pastor decidió trasladarlos a un hospital militar soviético en Potsdam, cuyas autoridades optaron por llevarlos a Moscú. Probablemente a petición del mismo Honecker, ya algo agobiado frente a días inesperadamente desagradables. Recién allá, los Honecker captaron atónitos que el proceso hacia el capitalismo era irreversible y que su obra, la RDA, en realidad se estaba desintegrando literalmente día a día. En medio de la incredulidad, los problemas de salud se agravaron.

No es simple casualidad que, justo en esos momentos, aparecieran enviados norcoreanos y cubanos a ofrecerle asilo. Norcorea incluso envió un avión a Moscú. En ambas capitales se comprendía lo que estaba ocurriendo. Significativamente, Honecker declinó ambas ofertas. Lo hizo con cautela.

Por una extraordinaria casualidad del destino, justo en esos turbulentos momentos, fue designado embajador de Chile en Moscú el dirigente socialista, Clodomiro Almeyda. Un viejo amigo del matrimonio. Con ello, ya no sólo la cuestión formal familiar puso a Chile en su horizonte. Ayudado por este hecho fortuito, agradeció con delicadeza el gesto de Fidel Castro y Kim Jong-Il.

En esta conjunción de hechos, marcados fundamentalmente por la casualidad, radica un punto crucial. Es im-

posible no tener a mano a Hannah Arendt y sus reflexiones sobre la vulnerabilidad de la verdad en cuestiones políticas. ¿Cuánto habrá habido en todo esto de fortuito y cuánto de acciones premeditadas?

Pasados ya tantos años, y habiendo fallecido ya los intervinientes, resulta imposible establecer diferenciaciones. Todo indica que hubo, efectivamente, mucho de fortuito, como casi todo lo relacionado entre Honecker y el Chile *allendista*. Pero algo también debe haber habido para aprovechar de manera premeditada tales circunstancias.

Por ejemplo, Honecker podrá haber reiterado hasta el cansancio su adhesión al internacionalismo proletario, bajo el supuesto teórico que era uno de los grandes valores universales del comunismo, pero, en su fuero interno, era un comunista nacionalista y muy especialmente un euro-céntrico.

Él, junto a su grupo más cercano, lograron hacerse con el poder en 1971, sacando a Walter Ulbricht, considerado demasiado apegado a las directrices de Moscú. Honecker propugnaba un esquema con mayor tinte germano, llamado en aquellos años “sociedad socialista avanzada”. Encarnó la necesidad de ajustes al interior de un modelo comunista que había alcanzado una etapa de desarrollo superior a la de todos sus aliados.

Estaba convencido que su modelo duraría muchas décadas. Por eso, uno de sus objetivos más acariciados fue normalizar las relaciones inter-alemanas. Durante su mandato, se abrieron embajadas en Bonn y Berlín oriental. Viajó a Alemania occidental. Honecker pensaba esencialmente en términos europeos.

Por lo tanto, al declinar la invitación de cubanos y norcoreanos, demostró que no estaba dispuesto a pasar el resto de su vida en un ambiente hermético inescrutable,

como el de la familia Kim en Norcorea, como tampoco vivir calamidades personales en un régimen empobrecido y que respondía más bien a su naturaleza tropical. Las cosas tienen sus límites culturales debe haber meditado junto a su esposa. Es ahí cuando Honecker discurre con Almeyda la posibilidad real de irse a vivir a Chile.

Ante la sorpresa alemana, rusa, y el estupor inicial del gobierno de Patricio Aylwin en Chile, decidió que pasaría un tiempo en la embajada en calidad de “huésped”. Altibajos legales y de salud implicaron importantes retrasos en su plan. Luego, aparecieron obligaciones penales.

Como buen *homo politicus*, sabía lo que significaba cada una de sus decisiones. Chile vivía en un régimen neoliberal situado en las antípodas de su cosmovisión. Es ahí cuando su conducta se torna sugerente.

Sabía que la transición chilena era de carácter transaccional. Un proceso que demandaba habilidades florentinas. A partir de entonces, asumió que podía ser un convidado de piedra a la transición chilena. Y se preparó para ello. *Ein steirner Gast*.

Entendió que elemento clave de su plan era depositar su confianza en los chilenos *allendistas*, aquellos personeros experimentados, que él conocía bien, tanto por su exilio en Alemania Oriental, como por su tremendo apoyo material en contra del gobierno militar. Sus amigos habían llegado al poder en Chile. Eran protagonistas de aquel proceso.

Aterrizó en Santiago un 14 de enero de 1993. Inmediatamente sintió el confort de la amistad política. Una buena cantidad de dirigentes chilenos, en quienes confió, estuvieron prestos a ayudarlo. Con ellos materializó una cercanía efectiva que había comenzado en 1973.

Con ellos, descubrió que les unía una amistad práctica, algo nostálgica y marcada por las urgencias.

De esa forma, Honecker y su esposa, Margot, dieron la vuelta final a esa espiral de fidelidades emocionales que significó la cercanía de un sector de la sociedad chilena con la RDA. *Die Nibelungentreue*.

El convidado de piedra

Der steinerne Gast

La decisión del destituido presidente del Consejo de Estado de la República Democrática Alemana (RDA) de irrumpir en la embajada chilena en Moscú, solicitando asilo, constituye uno de los episodios más singulares de la historia diplomática de Chile. Nunca antes el país había estado sometido a una tensión tan gravitante respecto a un asunto global. Jamás se había sentido tan expuesto y tan cerca del vértigo de aquello que Joseph Nye denomina *soft power*.

Desde la lejanía geográfica, al círculo decisor chileno le resultaba casi inescrutable el abanico de posibilidades que tendrían Alemania y Rusia para ejercer su poder para influir en esta delicada materia de la política mundial, perteneciente, para ambos países, a lo más íntimo de su propio interés nacional.

Una extraña atmósfera fue apoderándose de la vida política nacional a medida que pasaban los días.

La sociedad percibía una circunstancia compleja, que combinaba elementos tan disímiles como pudiesen ser el típico sentimiento chileno de humanitarismo con quien cae en desgracia y una buena dosis de pánico ante la idea de adentrarse por laberintos desconocidos y estar sometido a fuerzas remotas.

El gran temor que se advertía en el entorno presidencial de Patricio Aylwin era el impacto que este problema

pudiese tener en un proceso de transición recién iniciado, pero también cómo reaccionarían las autoridades de Alemania Federal, habida cuenta de la excelente relación histórica entre los dos países.

Sin embargo, estos temores no eran los únicos.

La historia de la política exterior de Chile registra evidentes dificultades del círculo decisor para tomar posición respecto a los temas globales más conflictivos.

En el pasado lejano fue ante las dos guerras mundiales y luego ante la crisis de los misiles en Cuba. En el pasado reciente, ante la intervención norteamericana en Irak. En todas ellas, el círculo decisor creyó interpretar fielmente a la sociedad chilena dilatando decisiones, forzando la neutralidad, evitando involucrarse.

En esta actitud siempre estuvo subyacente la percepción de que, ante coyunturas tan delicadas y sujetas a controles tan lejanos como ajenos, cualquier paso en falso o acción apresurada sólo traería perjuicios al país.

Esta aversión chilena por los grandes eventos internacionales, que exigen definiciones tan taxativas, podría explicarse si se tiene en consideración que éste es uno de los países donde más fuerza tiene lo que algunos autores, como Donald Kagan, denominan el primado de la política doméstica en los asuntos exteriores.

Por razones diversas, la política exterior chilena ha sido desde siempre un genuino reflejo de la correlación de fuerzas políticas internas que se da en el momento preciso de una coyuntura internacional. Lo interno condiciona lo externo; bastante más que en otros países. O, para ser más precisos, los factores domésticos en Chile se entrecruzan con las variables externas de manera mucho más activa e intensa que en otro país de tamaño y capacidades similares. Por eso, la tendencia a hablar de la política exterior como

“tema de Estado”. Hay un miedo subterráneo a que la autoridad de turno descarrile un sentimiento que se entiende como colectivo.

La aparición de la llamada República Democrática Alemana en la arena internacional no estuvo ajeno a los avatares e intereses chilenos.

Dicha aparición ocurrió a partir de la Segunda Guerra Mundial. Fue un proceso lento y pedregoso, pues, hasta fines de los 60, vivió un evidente aislamiento político, que la mantuvo excluida del sistema de Naciones Unidas, con pocas representaciones diplomáticas en el extranjero, bajo nivel de diversificación de su comercio exterior y escasa capacidad de diálogo político internacional. Berlín oriental vivía mediatizado casi enteramente por Moscú.

Dicho aislamiento se debió a la escasa gravitación política, relativa insignificancia para la economía mundial y las necesidades geo-estratégicas de las superpotencias, como también a los efectos de la llamada doctrina Hallstein, uno de los pilares de la política exterior de la República Federal Alemana en los 50 y 60.

Por acción de estos cuatro elementos que se potenciaban entre sí, la “otra Alemania”, surgida en la antigua zona de ocupación soviética, se mantuvo por muchos años tanto para la opinión pública como para la vida diplomática internacional en una suerte de “lado oscuro”.

Estas fuertes restricciones llevaron a Berlín oriental a desplegar una política exterior diferenciada en una diplomacia directa o tradicional y otra “lateral”.

La primera focalizada exclusivamente en las siguientes áreas:

- Relaciones políticas, económicas, militares y culturales privilegiadas con la Unión Soviética y

demás países integrantes del Pacto de Varsovia y el Tratado de Ayuda Mutua Económica (COMECON), considerados para todos los efectos como aliados.

- Relaciones con otros países comunistas del orbe: China, Corea del Norte, Albania, Cuba y Vietnam del Norte.
- Relaciones con países “amigos”, fundamentalmente adherentes al llamado socialismo panárrabe, que durante las décadas del 50 y 60 buscaron apoyo (económico y militar) en la URSS: Siria, Irak, Egipto, Libia, Argelia.

La diplomacia lateral, en tanto, fue un mecanismo ideado por el entonces jefe de Estado Walter Ulbricht destinado a hacer más llevadero su aislamiento internacional y orientado a los llamados países del Tercer Mundo, especialmente los latinoamericanos.

Ésta consistió en crear institutos de amistad binacional y sociedades culturales, convenientemente monitoreados desde Berlín oriental a través de diversos institutos de solidaridad que eran parte de su dendrítica estructura estatal, buscando impulsar relaciones en un plano societal. Fue en ese contexto, donde se da el primer contacto con Chile.

Para coordinar la diplomacia lateral con los países latinoamericanos se creó en Berlín oriental a fines de los 50 la Sociedad de Amistad Germano-Latinoamericana, la cual se ocupó de buscar afinidades con universidades, intelectuales, parlamentarios y las ONG de la región.

Las actividades de esta diplomacia lateral potenciaron significativamente las campañas de solidaridad y ayuda a partidos comunistas y socialistas latinoamericanos, así como a sindicatos y federaciones estudiantiles.

Esta labor, marginal pero persistente, le permitió ir identificando a personeros de diversos ámbitos del quehacer nacional de cada país que pudiesen simpatizar con las ideas socialistas y, por ende, susceptibles de ser invitados a colaborar con esta Alemania pro soviética.

No es de extrañar entonces que, en este contexto, Pablo Neruda y Delia del Carril hayan sido invitados especiales al Festival de la Juventud organizado por la RDA en 1953. El contacto era el Partido Comunista. Por esta vía se gestó con los años una vasta red de entidades conectadas a entidades mayores, como la Organización Mundial por la Paz, Unión Internacional de Estudiantes, Federación Mundial de Juventudes Democráticas, Federación Sindical Mundial y otras que actuaban como actores no estatales al servicio de los países pro soviéticos. Fue una red propia de “multilateralismo”.

En tanto, los gobiernos chilenos inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial no expresaron en su momento interés por acercarse a esta Alemania *sui generis*.

Por un lado, las relaciones con la Alemania Federal constituían un elemento orientador de las relaciones del país con el continente europeo, pero, del mismo modo, la RDA resultaba del todo exótica a los intereses de la clase política chilena y, desde luego, una potencial fuente de peligros por los efectos de la doctrina Hallstein, cuyas consecuencias podían ser desastrosas.

Por lo tanto, el interés por la RDA en los 50 fue en Chile una exclusividad de los partidos Comunista y Socialista (principalmente del primero) y varias ONG y agrupaciones culturales periféricas a ambos.

En este contexto, y casi de forma coetánea con otros países latinoamericanos, surgió en Chile una Sociedad de Amistad Chile-RDA, dirigida desde fines de los 50 por el

político socialista Osvaldo Puccio Giesen, un comerciante importador de productos alemanes que, por ese entonces, ya se desempeñaba como secretario particular del senador Salvador Allende. Por razones familiares, mantuvo desde muy joven simpatías por el movimiento anti-nazi en Alemania.

En ese marco, a fines de los 50, la RDA abrió una pequeña oficina comercial, dirigida por Harry Spindler, quien, luego de la apertura de las relaciones diplomáticas, sería promovido a embajador. Puccio Giesen relata en sus memorias la excelente relación que estableció con Spindler y destaca la visita de Werner Kirchhoff y Friedel Trappen como delegados del PSUA al congreso del Partido Socialista en 1967 celebrado en Chillán y que marcó un hito en el desarrollo de ese partido.

Trappen asumiría más tarde como embajador en reemplazo de Spindler y permanecería en ese cargo hasta septiembre de 1973.

Hay reportes de que durante los años sesenta hubo también varios viajes de funcionarios del Partido Comunista chileno a la RDA, sin motivos específicos. Inge Emerling, quien estudió los documentos de la Stasi referido a aquello, da cuenta de dos viajes de un tal Miguel Teitelboim, hermano del dirigente Volodia, sin que existan mayores antecedentes acerca del motivo de tales viajes, como tampoco se sabe las funciones directivas que este individuo haya tenido en la cúpula del PC chileno. Miguel Teitelboim aparentemente falleció en la segunda mitad de los sesenta.

La victoria de la Unidad Popular en Chile sorprendió gratamente a Berlín oriental, situación que no había sido prevista ni por la diplomacia ni por su famoso servicio de inteligencia, la Stasi. El impacto internacional que tendría este hecho fue debatido largamente por el Buró Político del PSUA el 20 de octubre de 1970. Su resolución fue enviar a una delegación exploratoria, encabezada por el par-

lamentario Otto Gosche, que tendría a su cargo cuestiones protocolares, y por Kurt Seibt, presidente del Comité de Solidaridad Internacional, que sondearía el ambiente político en Santiago. Gosche aprovecharía de visitar también Bolivia, Perú y Colombia.

Gracias a la influencia de Puccio Giesen, Allende tuvo un trato muy deferente con los enviados de Berlín oriental y les ofreció avanzar pronto en el establecimiento de relaciones diplomáticas, lo cual se materializó el 16 de marzo de 1971 mediante un protocolo firmado por Alcides Leal, por la parte chilena, y Otto Winzer, por la germano-oriental. La doctrina Hallstein se pondría a prueba en un punto geográficamente alejado de aquellos neurálgicos del conflicto global.

Para sorpresa de muchos, Bonn optó por no desatender este inédito proceso en los confines del mundo, especialmente por sus posibles consecuencias en el tímido proceso federal de apertura al Este, inaugurado con las elecciones de 1966 y que tropezaba con innumerables dificultades tanto internas como externas.

La evolución de la política chilena había comenzado a ser objeto de un seguimiento más acucioso de parte de Bonn desde que asumiera Eduardo Frei Montalva, un hombre con muy buenos vínculos con la gobernante Unión Demócrata Cristiana (CDU) y que se había preocupado de fomentar los contactos con toda Europa occidental.

Entretanto, los socialdemócratas alemanes, liderados por el carismático Willy Brandt, habían accedido al poder en 1970 teniendo como propuesta programática central una fuerte reorientación de la política exterior germano-federal, y acelerando la apertura hacia el Este.

El destrabamiento de las relaciones de la RFA con la URSS, la RDA y todo el bloque pro soviético impactó

positivamente en el afianzamiento de la paz europea y es conocido al interior de la disciplina de las relaciones internacionales como *Ostpolitik*.

Por lo tanto, cuando Chile y la RDA acreditaron a sus embajadores, Bonn optó, en forma inédita, por respetar la decisión chilena. El clima internacional estaba cambiando y la doctrina Hallstein empezaba a quedar definitivamente atrás; con esto se acercaba rauda la hora de ingreso de ambas Alemanias a la Organización de las Naciones Unidas, que se materializaría el 18 de agosto de 1973.

Pari passu, en Berlín oriental también se vivían cambios de envergadura.

El 3 de mayo de 1971, Ulbricht había sido desplazado de su cargo de secretario general del PSUA por un grupo de dirigentes más jóvenes, menos asociado a la era staliniana, encabezado por Erich Honecker.

Con él dominando la escena política interna, la RDA declaró su ingreso a un estadio nuevo de desarrollo del socialismo, denominado “sociedad socialista desarrollada” (*entwickelte sozialistische Gesellschaft*), caracterizada por un interés más efectivo por integrarse, al menos parcialmente, a la economía mundial y por alcanzar una interlocución política propia -i. e. menos mediatizada por Moscú- con el resto del mundo.

Este objetivo pasaba por superar la diplomacia lateral, diversificar sus relaciones diplomáticas y, desde luego -como virtual cereza del postre- ingresar a Naciones Unidas.

Un componente central de esta nueva política fue la exitosa ofensiva en América Latina.

Para darle fundamento a este importante giro de la política exterior germano-oriental, Honecker, junto a Hermann Axen y Günter Mittag promovieron un importante debate al interior de las universidades de la RDA sobre “el

carácter del capitalismo en América Latina”, con la finalidad, como dice Krämer, de conducir un enfoque político más diferenciado hacia la región.

En este proceso destacaron Manfred Kossok y Eberhard Hackethal, quienes instalaron un Departamento de Estudios de América Latina en la Karl-Marx-Universität de Leipzig y se transformaron en los más importantes especialistas académicos germano-orientales en América Latina. Hackethal incluso vivió un tiempo en Santiago durante la Unidad Popular.

Por otra parte, la visita del canciller de Allende, Clodomiro Almeyda, a mediados de 1971 a Berlín oriental fue vista por sus anfitriones como el mayor de los halagos. Durante su estadía, Almeyda les aseguró el resuelto apoyo chileno al ingreso de la RDA y la ONU y a la Organización Mundial de la Salud (cuya postulación la diplomacia germano-oriental había formalizado con semanas de antelación a la visita). Un gesto absolutamente inusual de simpatía, sin que existiese una contra-prestación desde Berlín oriental; un despliegue total de ideología.

Inmediatamente después del viaje del canciller, se desplazaron a diversas ciudades de la RDA el conjunto folklórico Quilapayún y el baladista folklórico Víctor Jara, cuyas multitudinarias presentaciones se convirtieron en verdaderos hitos culturales -especialmente para las generaciones más jóvenes- que oxigenaron y ventilaron la hasta ese momento lúgubre atmósfera cultural de la RDA. Impacto aún mayor tuvo el posterior viaje de V. Jara junto al excéntrico “cowboy del socialismo” residente en Santiago, Dean Reed, cuya estadía en Berlín oriental es discutida con detalle *ut infra*.

Según Krämer, este Chile adosado la experiencia *allendista* le comenzó a entregar a la uniforme sociedad germano-oriental ciertos “matices exóticos” (*exotische Nuancen*).

Para cerrar el virtuoso círculo iniciado en 1971, el secretario general del Partido Comunista, Luis Corvalán, fue recibido por Honecker a fines de ese año con honores e cuasi jefe de Estado, ocasión que aprovechó para entregarle a Chile un crédito de US\$ 15 millones.

En enero de 1972, el Partido Comunista chileno celebró masivamente el 50° aniversario de su fundación. La delegación de la RDA estuvo presidida por un muy influyente miembro del Buró Político del Partido Socialista Unificado de Alemania, Paul Werner. Durante su visita se firmaron dos acuerdos universitarios, uno entre la Technische Universität Dresden con la Universidad Técnica del Estado y otro entre la Karl-Marx-Universität y la Universidad de Chile. Werner hizo entrega, además, de una nueva ayuda económica al “proceso revolucionario”, esta vez de 7 millones de dólares.

1972 fue el *annus mirabilis* de la RDA.

A partir de la visita de Werner, la embajada germano-oriental en Santiago se transformó en una verdadera punta de lanza de la más grande ofensiva diplomática de la RDA en América Latina (probablemente el más grande emprendimiento diplomático de la RDA hasta ese momento). Ese mismo año abre relaciones con Uruguay y Perú. Desde enero de 1973 las inaugura sucesivamente con Costa Rica, Colombia, Guyana, México, Argentina, Ecuador, Bolivia y Brasil. Para los años inmediatamente siguientes quedan Panamá, Jamaica, Nicaragua y Grenada.

Esta ofensiva en América Latina fue seguida por otra similar a mediados de los setenta en África; con Angola y Etiopía como principales puntos de apoyo.

Pese a que resultaría ingenuo suponer que esta ofensiva de la RDA en América Latina no actuaba sobre palancas ideológicas, y que, por ende, no instigaba movimientos

revolucionarios, los antecedentes disponibles indican que aquello fue secundario y que el objetivo central fue reforzar el principio de la estatalidad propia de la RDA.

Su fundamento fue esencialmente pragmático; su punto de partida, la ya agotada diplomacia lateral.

El mejor indicador de ello es que la expansión de sus lazos con el resto del mundo se aceleró vertiginosamente después de la apertura hacia América Latina.

En el cenit de su reconocimiento internacional, a comienzos de los 80, la RDA llegó a tener 123 embajadas repartidas por todos los continentes.

En 1981, Honecker es invitado a Japón y se produce la primera cita cumbre inter-alemana entre el canciller Helmut Schmidt y Honecker en la localidad de Werbellinense; dos años más tarde, Honecker recibe en Berlín oriental al líder de la CSU, Franz-Josef Strauss, quien había ayudado en ese entonces a la RDA a obtener créditos de la banca alemana occidental. En 1984 recibió la visita oficial de los premieres canadienses Pierre Elliot Trudeau, griego Andreas Papandreu, sueco Olaf Palme e italiano Bettino Craxi, y al año siguiente viaja a Italia (primera visita a un país de la OTAN) y al Vaticano. En 1987, Honecker visita por primera vez la RFA. Al año siguiente, viaja a Francia. Fue el clímax del posicionamiento externo de la RDA.

El propio Honecker lo fundamentó con claridad meridiana. En el comercio exterior con países capitalistas habrá que ampliar progresivamente el margen político-comercial y seguir consolidando la inviolabilidad de la RDA en el frente económico.

Por lo tanto, el factor chileno debe entenderse como germen de esta muy exitosa ofensiva.

El proceso político desplegado por el Chile de Allende contribuyó a que la elite germano-oriental se sintiese parte

orgánica del mundo, un integrante con capacidades propias de interlocución; algo que encajaba por completo en sus objetivos. El gobierno de Allende ayudó al liderazgo que encarnaba Honecker permitiéndole ganar cierta legitimidad ante su propia población, la cual entendía el significado de alcanzar una estatalidad a pesar de las limitaciones que imponían la Guerra Fría y especialmente el contexto inter-alemán. El Chile *allendista* se fue instalando paulatinamente en lo más íntimo de los secretos de Estado de la RDA.

Ello explica el afecto y respeto que fue sintiendo de manera creciente el círculo decisor germano-oriental por este lejano país.

Una mirada etiológica no podría sino valorar la osadía (e idealismo) de la diplomacia chilena de entonces de oponerse a la doctrina Hallstein, sin que hubiese de por medio un elemento de transacción con Bonn, ni siquiera una petición expresa o indirecta a través de intermediarios.

En Berlín oriental se valoró en su justa medida el impulso idealista de la administración Allende y se le sacó el máximo provecho posible.

Este acercamiento tan virtuoso, pero de características tan bizarras, permite establecer hipotéticamente que en el acercamiento chileno a la RDA intervinieron sinérgicamente variables excepcionalmente fortuitas.

La primera de ellas, en el tiempo, es la cercanía de Puccio Giesen con dirigentes comunistas alemanes durante su juventud y la persistencia de ese vínculo una vez fundada la RDA. Luego, la formación escolar de Almeyda (un agradecido alumno del Liceo Alemán) y su posterior adhesión al marxismo, donde la gran admiración personal e intelectual que éste sentía por Marx llegaba a extremos tales que una de sus obsesiones de juventud era visitar Tréveris (la ciudad donde nació Marx).

Es muy probable que en el desarrollo de los sentimientos de Almeyda respecto a Marx (y el marxismo) haya jugado un papel no menor su especial germanofilia, heredada de su padre, Manuel Almeyda Arroyo, un ingeniero civil que, tras un viaje a Europa, luego de finalizar sus estudios universitarios, no ocultó jamás su absoluta admiración por las ciencias físicas y matemáticas de la Alemania imperial, reiterando una y otra vez a su familia el sueño de irse a trabajar a la Technische Universität Dresden, con la que mantuvo fluidos contactos académicos.

Una tercera variable fortuita se dio a través de los contactos esporádicos, pero permanentes, entre funcionarios de la RDA y políticos chilenos y socialistas. La permanencia de tales contactos habla de una actitud especial, pero imprevista. Difícil de fundamentar. No hay registros de algo similar con otros países del antiguo bloque soviético.

Este conjunto de razones ayuda a comprender la actitud tan efusiva adoptada por la dirigencia de Berlín oriental tras el 11 de septiembre de 1973. Nada de eso se vio con Polonia, Bulgaria o Rumania, por citar ejemplos de países europeos igual de alejados geográficamente de Chile.

En este torbellino post 11 de septiembre, se da no sólo el corte de relaciones diplomáticas con el gobierno de Augusto Pinochet, sino la decisión de dar asilo a varios miles de militantes izquierdistas chilenos y facilitar su llegada por diversas vías. Algunas legales, otras clandestinas. Se estima que sumaron cerca de cuatro mil los que alguna vez residieron en las diversas ciudades germanoorientales.

Sin embargo, la decisión más espectacular de la RDA por aquellos años fue la operación de rescate del secretario general del Partido Socialista chileno, Carlos Altamirano, a través de la Stasi, y ponerlo vivo y a salvo en Europa.

La decisión de involucrarse en la operación de rescate de Altamirano, en cambio, fue una apuesta para contribuir a elevar el prestigio internacional de las singulares capacidades operativas de su servicio de inteligencia.

Markus Wolf, el mítico “hombre sin rostro” que encabezaba la inteligencia germano-oriental, asegura en sus memorias que su servicio no tenía una representación numerosa -como la cubana- en Santiago en septiembre de 1973 y que sus acciones las canalizaban a través de “sólo” dos agentes residentes.

También subraya que, a través de sus agentes infiltrados en la inteligencia germano-federal, sabían de la inminencia del golpe militar (además se queja de que el secretario general del PC chileno, Luis Corvalán, pese a ser advertido, ignoró la información).

Wolf entrega en sus memorias el más pormenorizado relato de cómo la Stasi sacó clandestinamente de Chile a Carlos Altamirano (alias compañero Roberto).

Sobre la decisión personal de Honecker de ayudar a los exiliados chilenos, “Mischa”, como se conocía a Wolf, relata que después de 1973, la Stasi empleó a Cuba como vía de escape para los refugiados chilenos. Especial atención les mereció la hija de Erich Honecker, emparejada con un chileno, aunque no da el nombre. Ayudar a la izquierda chilena y latinoamericana en general habría sido, según él, una actitud apreciada por la juventud del Este. “Mischa” sostiene que estas campañas de los años 70 fortalecieron a Alemania oriental un aura de “respetabilidad”.

En el caso de Chile, estos gestos pueden entenderse como una vuelta de mano en el plano de las emociones. Son hechos fortuitos e inesperados, pero con trasfondo político indudable.

Una retribución a quienes sin razones aparentes (más allá del profundo idealismo con que miraban los asuntos internacionales) se habían esmerado por hacerle un lugar a la RDA en el mundo.

Ayudan a reforzar esta hipótesis las decisiones posteriores.

En efecto, más tarde, Honecker decidió entregar cuantiosos recursos financieros y materiales, no sólo a las personas a título individual, sino especialmente a los principales partidos que en ese entonces se oponían a Pinochet. Para atender los problemas de inserción de los millares de refugiados repartidos por todas las ciudades germano-orientales creó en la capital una cuasi oficina consular, llamada Chile Antifascista (CHAF).

En tanto, los miles de chilenos que fueron acogidos en ese país se fueron integrando paulatinamente no sólo a la cotidianeidad de los ciudadanos germano-orientales. Conocieron sus aspiraciones, sueños y limitaciones. También las realidades políticas y sociales del país.

Conocieron de cerca el *modus operandi* de los órganos de poder interno en la RDA, conocieron el comunismo en sus laberintos domésticos. Lograron, por esa vía, ubicar su drama grupal en el contexto internacional global.

Como toda experiencia vital, algunos se defraudaron con el modelo de economía centralmente planificada. Otros mostraron distancia inmediata con el régimen político y, especialmente, con la falta de libertades. Conocieron de cerca las penurias de la población germanoorientales. Sus sueños truncados. Su vida somnolienta, carente de grandes perspectivas individuales. Pero también una cierta cantidad guarda recuerdos agradecidos y manifiestan añoranza incluso a varios lustros de desaparecida la RDA.

Tras aquello, vino un nuevo período, donde se observaría una nueva vuelta de mano. El Chile *allendista*, en pleno exilio, aparecería en el horizonte.

En efecto, hacia la segunda mitad de la década de los 80, la RDA comenzó a vivir una urgencia que se convertiría en determinante en los años siguientes: diversificar al máximo su comercio en divisas.

América Latina apareció en el horizonte.

Si en la década anterior América Latina le produjo tantas satisfacciones de tipo político, que le habían permitido dejar atrás el aislamiento, ahora podría ser un buen campo de experimentación como socio comercial. Nuevamente los chilenos *allendistas* estuvieron prestos a ayudar a la RDA.

Por ejemplo, Anselmo Sule (el pragmático líder de la fracción de izquierda del Partido Radical en el exilio), junto a colaboradores suyos habían tendido estrechos vínculos con partidos social-demócratas latinoamericanos (que habían accedido al gobierno en sus países) e intercedieron ante ellos para que actuaran con receptividad ante las propuestas de la diplomacia oficial germano-oriental. Se generaron empresas locales para contribuir al comercio de la RDA. En muchas de ellas, aparecían chilenos *allendistas*.

Y no sólo eso. Se empezó a deshacer el tabú del Chile *pinochetista*. Avanzados los años ochenta, las necesidades económicas obligaron a la RDA a superar lo que Krämer denomina la lógica del auto-bloqueo respecto a Chile, la única economía latinoamericana que no aparecía sumida en los graves problemas de deuda externa de la época (la década perdida) y que mostraba signos de florecimiento.

Antes esa inesperada realidad, la dirigencia de la RDA se propuso un acercamiento, independientemente de la prolongación o no del gobierno militar.

Éste contemplaba reabrir una oficina de intereses en Santiago y comerciar. Hasta ese momento compraba cobre a través de intermediarios en Londres.

Este paso a la desideologización de los vínculos con América Latina formaba parte de un creciente pragmatismo germano-oriental (forzado por las circunstancias adversas) y que incluyó, entre otros, el inédito encuentro de Honecker con el carismático líder de la Unión Social Cristiana, Franz-Josef Strauss, y el viaje de Honecker a la RFA, completamente inesperado para Moscú, pues ni siquiera fue informado previamente, como solía ocurrir.

Desde luego que la premura de la RDA por obtener divisas se fue agudizando de manera paralela a la *perestroika*, lo que dio paso a un proceso de bifurcación entre los intereses del país con los de la URSS.

Un malestar mutuo que acompañó a las relaciones bilaterales en el ocaso de estos dos desaparecidos estados socialistas.

En ese contexto, en 1987, el diario de Berlín *Junge Welt* acreditó un enviado especial al Campeonato Mundial de Fútbol Juvenil realizado en Santiago, ocasión que aprovechó para enviar reportajes positivos y notas sobre la vida y acontecer “en el Chile de Pinochet”.

Ese año, la RDA ingresó al Tratado Antártico y participó en las reuniones celebradas en Santiago, incluso inauguró la estación científica Georg Foster.

A comienzos de noviembre de 1989 -el *annus horribilis* de la RDA- aterrizaron en Santiago dos altos funcionarios del Ministerios de Relaciones Exteriores, Helma Chrenko y Reinhold Friedmann. Ambos calificaron de “notable” el desempeño económico del Chile de los ochenta y hablaron de su propósito de abrir una oficina comercial.

Sin embargo, ya a su retorno a Berlín oriental a la semana siguiente, el desplome del régimen comunista y la reunificación alemana parecían tan inminentes como inevitables. El objetivo final de su viaje -volver a ver juntos a Chile y la RDA- se desdibujaría por completo.

Desde la década de los cincuenta hasta finales de los ochenta, cuando el régimen militar chileno da signos irrevocables de hacer cumplir su trazado constitucional, se observa toda esta larga sucesión de hechos y circunstancias que se fueron concatenando y adquiriendo fuerza.

La llegada al gobierno de dirigentes socialistas y radicales en 1990, que de una u otra manera habían participado en toda esta extensa secuencia de asuntos relacionados con la RDA, ocurrió de manera paralela al derrumbe de Honecker como jefe de Estado y del socialismo en su país.

A ello debe añadirse la presencia activa en la periferia de esta nueva elite de dirigentes comunistas cercanos históricamente a la RDA. Tal conjunción de fuerzas presionó para que el gobierno de Patricio Aylwin accediera a tener gestos humanitarios con el matrimonio Honecker. Se debieron extremar las habilidades *florentinas*. El Chile que ingresaba a la familia de países democráticos debió aceptar que albergaría a un invitado que jamás imaginó.

Fidelidades emocionales: *die Nibelungentreue*

El encandilamiento del Chile *allendista* con esa mole llamada RDA

Con dieciséis millones de habitantes, poco más de ciento ocho mil kilómetros cuadrados de superficie, unas FFAA con más de ciento cincuenta mil efectivos altamente entrenados y un PIB al año 1990 de aproximadamente US\$ ciento cincuenta mil millones, que bajo algunos parámetros la convertía en uno de los países más industrializados del orbe, la República Democrática Alemana (RDA) mostró al mundo el resultado más eficiente alcanzado por un régimen comunista.

Mirado en retrospectiva, y en el contexto de las singularidades que exhibe la reunificación alemana, puede plantearse la hipótesis de que la elite gobernante entre 1949 y 1989 terminó generando en la Alemania oriental una proto-identidad, cuya resiliencia ha resultado sorprendente.

Al fundamentar tal hipótesis, lo primero que emerge son las principales características de aquel experimento, las cuales exceden con claridad, tanto de una economía planificada centralmente, como de la organización estatal, es decir de un régimen político jerárquico, girando alrededor

de un partido marxista-leninista, llamado en aquel caso, Partido Socialista Unificado de Alemania (PSUA).

Aquella primera característica es similar, en las formas, a todas las observadas en el llamado “campo socialista”. Es decir, en los países aliados de la Unión Soviética y en aquellos que oscilaban entre Moscú y Pekín, y en otros; en esos experimentos únicos, como Yugoslavia y Albania.

Sin embargo, en la RDA se aprecian características más propias. Una de sus singularidades fue la de representar una cierta excepcionalidad: una nación, dos Estados. En las formas, algo similar a la península de Corea, aunque el régimen de Pyongyang siempre ha tenido una inclinación inigualable por el hermetismo. Escaso interés en formar parte de algún bloque o en establecer alianzas y con bajísimo nivel de interlocución internacional; algo muy opuesto a lo pretendido por Honecker.

Grosso modo, esta singularidad muestra a la RDA como un Estado con fundamentos ciertamente *orwellianos*, pero también muy compenetrado con el espíritu *westfaliano* de buscar un ejercicio posible de su soberanía. Ello, unido a la idea *huntingtoniana* de pertenencia activa a uno de los bloques mundiales.

Es entonces la singularidad de la RDA la que sugiere explorar la relación con el Chile *allendista* en tanto excentricidad bidireccional. Ausencia de elementos objetivos para el acercamiento y una conjunción accidental de elementos más bien bizarros.

Dicha conjunción se desglosa en curiosidad política por el experimento socializante de Allende de parte de la RDA, una concatenación de hechos enteramente fortuitos, más el deslumbramiento de chilenos *allendistas* por una mole *orwelliana*, *westfaliana* y *huntingtoniana*.

Eso explica por qué la implosión de la RDA en 1989 tuvo efectos profundos en el espectro político chileno, especialmente en los partidos y agrupaciones de izquierda. Todos se mostraron tremendamente sorprendidos con su colapso, tanto en su fisonomía como en sus fundamentos. Las manifestaciones multitudinarias, la destitución de Honecker y su posterior existencia azarosa, el derrumbe del Muro de Berlín, los viajes de Helmut Kohl y otros dirigentes políticos germanofederales por diversas ciudades de la RDA, la rápida formación de partidos políticos, el asalto ciudadano a la sede del servicio de inteligencia (Stasi), el fin del marco de la RDA como moneda oficial y la adopción del marco occidental, así como los rápidos planes para la reunificación, fueron seguidos con perplejidad y asombro por los chilenos familiarizados con la vida de la RDA.

Entre los exiliados *allendistas* viviendo en territorio germanooriental primaba la idea de lo incombustible que era la RDA, más allá de sus vicisitudes.

Tal percepción se hace evidente al ver el comportamiento factual y retórico de estos exiliados. La mayoría de ellos no se acomodó al régimen al conocerlo *in situ* y pasaron a críticos de la faceta *orwelliana* del régimen. Por eso, muchos se fueron a continuar su exilio en otros países capitalistas se entiende. Pero se fueron agradecidos en general e impresionados con las otras facetas del régimen.

Puede afirmarse que una buena cantidad de aquellos exiliados se deslumbró con la experiencia *westfaliana*; tan presente en el quehacer político cotidiano de la RDA. Apreciaron una estructura estatal sólida y funcional. Captaron que la elite germanoriental estaba volcada a hacer de la RDA un actor internacional y a ganar espacios de interlocución en todos los espacios posibles.

Y, desde luego, al grueso de los exiliados no le pasó inadvertido el sentido *buntingtoniana* de su elite. La mayoría

relata la atmósfera, a ratos asfixiante, por ser parte activa de un mundo dividido ideológica, política y militarmente; un sentido de pertenencia indiscutido. Es muy probable que ninguno de los chilenos allí exiliados hubiese tenido una pizca de duda al respecto.

Aquella triple cualidad hacía inevitable asumir que esa mole de hormigón que era la RDA parecía tener asegurada una existencia larga, donde no se advertían límites. Ni siquiera bordes. Componente de un mundo dividido *ad eternum*.

Eso explica la perplejidad con que fue visto su derumbe.

En tanto, la elite política chilena, percibió aquel proceso de manera más diferenciada. Observaba absorta las consecuencias que toda esta explosión política inter-alemana tendría en el país. El fin de la Guerra Fría y los movimientos tectónicos de aquellos años estaban incardinando con el delicado proceso de transición que empezaba a vivir con el gobierno de Patricio Aylwin. De ahí entonces que la opinión de quienes pasaron su exilio allí debía ser tomada en cuenta.

De tal manera que la implosión de la RDA desató numerosas esquirlas. El círculo gobernante, junto a una buena cantidad de invitados internacionales, se dio cita el 7 de octubre de 1989 en el simbólico *Palast der Republik*, a orillas del río Spree, a festejar cuarenta años de su fundación, sin siquiera tener un atisbo de lo que ocurriría sólo semanas más tarde. Allí había varios dirigentes políticos chilenos. Los mismos que pocos años después, impactados ante los sucesos mundiales, harían lobby ante el gobierno de Patricio Aylwin, para otorgarle asilo a Honecker.

En esta vertiginosa sucesión de acontecimientos, la irrupción del depuesto jefe de Estado en la embajada chilena

en Moscú tensionó a la coalición gobernante. Fue como si hubiese caído un meteorito sobre el terreno político del país.

Todos comprendieron rápido la naturaleza del episodio. Tuvieron noción del enorme impacto que tenía. No sólo en el ejercicio de las tradiciones diplomáticas del país, sino también en la proyección externa del país.

Esta especie de caída de meteorito se cruzaba con un momento extraordinariamente delicado. La nueva elite chilena, aquella que había asumido funciones gubernativas, debió urdir una forma de entroncar las tradiciones humanitarias con las necesidades del Partido Socialista convertido en pilar del gobierno de coalición con el marco global que empezaba a delinearse. Podría decirse que fueron momentos de excepcional vértigo político.

Chilenos *allendistas* en el nacimiento de la proto-identidad germano-oriental

Antecedentes aún dispersos, apuntan a un esfuerzo titánico de un pequeño grupo de políticos germano-orientales para forjar y proyectar una identidad sobredimensionada respecto a las capacidades geopolíticas que su tamaño refiere. Su influencia internacional creció a pasos agigantados. En aquel proceso de crecimiento, América Latina -y el Chile *allendista* de forma bastante especial- jugó un papel nada desdeñable.

¿Cómo fue posible tal ascenso?, ¿cuál fue su punto arquimédico? Son preguntas cruciales. Estas permiten sostener la hipótesis de que, pese a tratarse de un régimen comunista, carente de aquella idea *schmittiana* de lucha constante entre alternativas políticas domésticas, como también de los «micro-poderes societales» que problematiza Michel Foucault en su **Microfísica del poder**, la RDA logró

construir y proyectar el germen de una identidad propia; una proto-identidad. Base de aquello fue lo que Samuel Huntington establece como rasgo distintivo de los países, “la diferencia no es su forma de gobierno, sino el grado de gobierno con que cuentan”.

Numerosos antecedentes sugieren que en la RDA se forjó una identidad, cuyos trazos impactan en la Alemania unificada de hoy; es el origen de lo que se denomina *Ostalgie*. Ese sentimiento difuso, guardado en las entrañas de las generaciones que vivieron su juventud y adultez en la RDA, y que hoy se proyecta sobre aquellas más jóvenes, y que habitan principalmente en los cinco *Länder* en que se dividió aquel territorio. Es un germen identitario que se refleja, a treinta años de la caída del Muro, en resultados electorales que sorprenden a la democracia liberal alemana.

En efecto, hay un impactante e innegable fantasma identitario germano-oriental que estremece a la democracia liberal de la Alemania unificada y gatillan una gran cantidad de preguntas sin respuestas fáciles.

Por de pronto, varias aproximaciones visualizaron tendencias identificatorias que no se creían existentes, principalmente debido a la exacerbación ideológica de la Guerra Fría. Y, si existía, debía ser muy débiles. En tal caso, sus vestigios suponían una rápida evanescencia. Todo aquello se reveló como un cálculo aritmético. No societal. Menos aún geopolítico.

Gerd Dietrich e Ilkjo-Sacha Kowalczyk son, hasta ahora, los únicos historiadores que se han ocupado de estudiar las raíces de la resiliencia que muestra esa proto-identidad cultural [1].

La particularidad es que ambos proceden de ciudades germano-orientales y han trabajado la problemática post-RDA desde aquella perspectiva.

Los dos estiman que la idea de un régimen tendiente al hermetismo y carente en su interior de esa idea *schmittiana* de una real lucha constante entre fuerzas opositoras, parece ser sólo uno de los supuestos a considerar. La anulación de los “micro-poderes societales” tradicionales que divisaba Foucault, por cierto, otro.

Dietrich y Kowalczyk, por separado, proponen circunscribir el monolitismo asignado a este tipo de regímenes, sólo a la esfera oficial (la de los gobernantes). Al menos, en la RDA.

Consideran un error adjudicarlo a toda la estructura del Estado totalitario y, por ende, que tuviese reflejos totalizantes en la sociedad.

La novedad propuesta consiste en asumir como hipótesis, que en la sociedad germano-oriental, poblada mayoritariamente por alemanes de origen prusiano y sajón, sí brotaron ciertos espacios para la realización, sea de tipo profesional, personal o grupal.

Es decir, discrepan de las visiones predominantes de que en la RDA -desde la perspectiva occidental- la sociedad estaba anulada, producto de su subyugación política. A su modo de ver, la sociedad no era un mero sub-producto del Estado totalitario. Ofrecía ciertos intersticios.

A la propuesta de diferenciación, agregamos aquí el orgullo tecnológico, cuyos clímax se pueden situar en la construcción de la torre de televisión y en el vuelo de Sigmund Jähn a la estación espacial Saliut 6 en 1978.

Ambos indican que en la sociedad de la RDA hubo espacios no enteramente invadidos, donde se sembraron semillas de orgullo propio. Como el de aquellos logros tecnológicos. Siguiendo la idea de Dietrich y Kowalczyk, ello tiene efectos fertilizantes de una proto-identidad.

El fundamento de la hipótesis de Dietrich y de Kowalczyk radica en el reconocimiento que la élite -vale decir del grupo en torno a Honecker- realizaba ingentes inversiones en el desarrollo científico.

Esto encuentra explicación en el hecho que en las universidades y centros de investigación de las empresas necesariamente se generaron espacios muy razonables de realización profesional, donde se logró plasmar esa inclinación industriosa de sus habitantes.

También dicha hipótesis encuentra fundamento en un contexto comparativo con las demás experiencias comunistas.

La Alemania oriental se situó en las antípodas de lo que pudiésemos señalar como Estado fallido. Ello porque debe insistirse que el régimen totalitario de Honecker exhibía una evidente gobernabilidad, lo que respalda la idea de una efectividad *buntingtoniana*.

De ello daban fe los férreos controles fronterizos (incluso hacia sus vecinos comunistas), además de haber construido una muy sólida estructura institucional en todo el territorio nacional sin excepciones.

Dietrich y Kowalczyk observan además que en la Alemania oriental existió una vida cultural mucho más creativa, robusta e incluso innovadora de lo que suelen estimar investigadores en Occidente. Y que la clase media del país (absoluta mayoría en la población de la RDA), disfrutó o participó en ella.

Este dinamismo cultural incubó aún más espacios de realización. Una realidad jamás comparable con la fugacidad del ejercicio del poder en otros regímenes totalitarios, como Cuba (acompañada de una pobreza presupuestaria crónica), o con la barbarie de los regímenes de Rumania o de Corea del Norte.

Dietrich añade, por ejemplo, la existencia en la RDA de trescientos cincuenta centros culturales de primer nivel (muchos de ellos de vanguardia en la música y el teatro). Hace cálculos de los presupuestos anuales destinados por la RDA al sector cultura, detectando que superaban largamente los de la propia Alemania occidental. Un dato no sólo desconocido hasta ahora, sino nada despreciable si se considera la diferencia poblacional entre ambas Alemanias. En palabras de Dietrich, el abultado presupuesto de todo el sector Educación forma parte de palancas identitarias.

Desde luego que también juega un rol la existencia de la iglesia luterana, con sus llamados rezos por la paz, la cual coadyuvó de manera muy potente a generar espacios alternativos de auto-realización, o, al menos, de válvula de escape. Especialmente hacia finales de los 80.

Esto entregó a la población condiciones para estimar una cierta realización participativa que coexistía con el ágora *orwelliano* de la *polis* germano-oriental.

Algo similar puede decirse de las prácticas y éxitos deportivos de Alemania oriental. Un hito histórico en tal sentido fue la victoria del equipo de fútbol de la RDA, por 1 - 0, sobre la Alemania Federal en el Campeonato Mundial de Fútbol celebrado en Alemania occidental en 1973.

Por otro lado, un asunto del todo desconocido sobre estos espacios relativamente diferenciados de las esferas estatales, tiene que ver con el gran éxito cinematográfico de la RDA, **La Leyenda de Paul y Paula**, dirigida por Heiner Carow.

Se trata de un film rodado en los años setenta, cuya premiere fue dilatada por bastante tiempo debido a la discusión generada al interior del partido gobernante sobre un tema absolutamente central para un proyecto estratégi-

co de sociedad socialista y desarrollada. ¿Es posible o no la felicidad personal fuera de los ámbitos dictados por el régimen?

Esta película incardina en lo que es el núcleo de la autopercepción de la RDA, tanto a nivel estatal como societal, pues trata sobre estos espacios seccionados de la esfera oficial. Discurre positivamente sobre ellos, haciéndolo en un contexto narrativo trágico.

Se trata de una secuencia muy abstrusa para quien no la haya vivido, pero cuasi idiosincrática para los habitantes de la exRDA. Ello explica que **La Leyenda de Paul y Paula** se haya transformado en una película de culto entre los habitantes de los cinco Länder de la Alemania unificada que pertenecieron a la RDA y que se les reconozca hoy como parte fundamental de la *Ostalgie*.

En suma, en aquel país brotaron estos espacios seccionados, que cohabitaron fuertemente con las estructuras estatales, y que más allá de si eran captados o no por el carácter *orwelliano* del Estado, se fortalecieron al punto de calar tan hondo en sus habitantes, que terminaron sobreviviendo al rápido colapso de 1989.

Generaron un sentimiento difuso, guardado en las entrañas de las generaciones -hoy ya mayores- pero tan sorprendente, que se proyecta con una fuerza inesperada sobre la actualidad, dejando estupefacto a líderes políticos de la Alemania unificada, para quienes resulta, *prima facie*, incomprensible que, un pueblo sojuzgado y que se liberó de la manera que lo hizo bajo la consigna *Wir sind das Volk* (Nosotros somos el pueblo), se apoye en esa proto-identidad a más de tres décadas de la caída del Muro.

Al hilvanar las observaciones de Dietrich y Kowalcuk respecto a la complejidad societal descrita, con una auto-percepción resolutive de una elite cohesionada en

torno a Honecker, podemos sostener, que se dio allí un entronque tan paradójal como vital.

La propuesta de ambos constituye, desde luego, un hallazgo de alto interés explicativo. Una gran singularidad y escasamente atendida desde el punto de vista eidético. *Ostalgie* marca una de las principales tendencias de la vida política de la Alemania unificada.

Es como si el film **Good Bye Lenin**, dirigida por Wolfgang Becker, mostrase una resiliencia única. Rodada en 2003, cruza problemas inter-generacionales, políticos y familiares durante el colapso de la RDA.

Surge en este contexto, una pregunta inesperada, pero inevitable. ¿Cómo se desarrolló tal proceso en un ambiente de Guerra Fría?

Es una de las preguntas de mayor profundidad que tiene la actualidad internacional, especialmente europea. Una de las explicaciones radica, desde luego, en la realidad geopolítica del país.

Conscientes de la autoridad cohesiva de que estaban dotados, dos dirigentes de la desaparecida República Democrática Alemana son claves para entender el posicionamiento externo labrado por aquel país durante la Guerra Fría. Se trata de Erich Honecker [2] y muy especialmente, Werner Lamberz [3].

El primero, mayor que el segundo en edad, y número uno del régimen desde inicios de los setenta hasta 1989. Fue un hombre de modales toscos. Una figura política gris y *orwelliana*, pero capaz de divisar a su país en perspectiva histórica dándole un sentido de largo plazo. El segundo, impetuoso y refinado, dotado a fondo de aquella idea *west-faliana* de igualdad intrínseca de los Estados soberanos. Ambos lideraron un grupo férreo e instintivo, capaz de institucionalizar el arte de asociatividad con Moscú a que

estaban compelidos por la Guerra Fría y combinarlo con matices propios.

Les unía la idea de explorar, dentro de ese contexto, aquellos intersticios que permitieran bregar por reconocimiento de una estatalidad propia (*Eigenständigkeit*) con proyección geopolítica.

Se trata de una definición conceptual, *Eigenständigkeit*, tomada de Fraude. Aquí se puede discurrir, al menos someramente, la diferenciación de esa con la noción *Eigenstaatlichkeit*. Esta última refleja las ansias de perfilamiento estatal propio. En cambio, *Eigenständigkeit* tiene la posibilidad semántica de ser percibido como más genérico, aunque, por cierto, para efectos de reflexión, bien pueden tomarse ambos como sinónimos (cabe acotar que la forma *eigenständige*, utilizada *supra*, corresponde al adjetivo).

En esta línea de reforzamiento de una voluntad propia, el grupo dirigente provocó un cambio inter-generacional a inicios de los setenta, desplazando al histórico Walter Ulbricht, puesto en el poder por los soviéticos una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial.

Al despertar los setenta, en la RDA se abandonó la idea de apéndice soviético pasivo a la que parecía condenada desde que había irrumpido en la vida internacional el 7 de octubre de 1949. Era un grupo menos asociado a la era staliniana, ecuménico en sus cálculos, incontrovertible en lo ideológico y guiados por la idea imperativa de reposicionar externamente a la RDA.

Sabían que, manteniendo apego general a Moscú, se podría alcanzar un status geopolítico más elevado para aquel estado alemán obrero y campesino, como gustaban denominarse. Punto de partida fue enfrentar la doctrina Hallstein, principio vigente en la formulación de política exterior de la República Federal Alemana desde 1955 hasta

comienzos de los setenta y que reclamaba para la RFA la representación unívoca del Estado alemán en el sistema internacional -*Alleinvertretungsanspruch*.

La nueva cúpula definió pronto su idea matriz diferenciadora del resto de países del bloque soviético; se llamó sociedad socialista desarrollada (*entwickelte sozialistische Gesellschaft*). Una expresión eufemística y coherente con la preservación del equilibrio global, pero que epitomizaba una especie de destino manifiesto para una cautelosa diferenciación del resto de las sociedades comunistas. Por un lado, impregnaba un sigiloso tinte nacionalista y, por otro, ayudaba a aumentar el perfilamiento propio de la RDA.

Otorgó al país una *raison d'être* de largo plazo. Pilares distintivos de esto serían los logros tecnológicos de la pequeña república.

Aquí caben destacar, como se señaló *ut supra*, dos muy emblemáticos y con elevado impacto societal.

Por un lado, la construcción en 1969 de la torre de televisión de Berlín (de 250 metros de altura en la *Alexanderplatz*), símbolo del avance tecnológico del país y reconocida obra de ingeniería que hasta hoy se mantiene como emblema del Berlín unificado- su inauguración dio comienzo a la transmisión de la televisión en color en la RDA, la primera en el bloque pro-soviético. Si miramos comparativamente con la introducción de la televisión a color en el mundo, se debe admitir que se trata de un logro relevante desde el punto de vista tecnológico.

Por otro lado, está la figura de Sigmund Jähn, el primer alemán en llegar al espacio, en 1978, y considerado una suerte de héroe compartido, aunque de manera diferenciada, por la sociedad y el Estado.

Estos dos logros son la evidencia de que aquello percibido por el grupo de Honecker y Lamberz era posible.

Es decir, que, al interior del bloque soviético, existía la posibilidad de transformarse en proveedor de esa materia prima llamada conocimiento y que, por tradición, idiosincrasia y mentalidad, los demás países del bloque no estaban en condiciones de proveer. Es la singularidad de la Alemania oriental.

En el plano político externo, la apuesta del grupo fue dar pasos concretos hacia esa cauta autonomía: exploración de vínculos económicos con países fuera de la órbita ideológica, especialmente con los de América Latina y árabes, y aumento de la representatividad diplomática propia.

Es en esa variante del modelo *honeckeriano*, que surge la simpatía por el proceso político chileno iniciado en 1970.

Esto significa que el grupo dirigente había llegado a la convicción que la división alemana ya era a fines de los sesenta un elemento clave del orden internacional, como reiteradamente reflexiona Kissinger. La *Eigenständigkeit* de la RDA aprovechaba ciertos intersticios en la Guerra Fría.

Así como Honecker fue la figura central de este proceso, su eslabón externo se llamó Werner Lamberz. No sólo por sus cualidades de alto operador político. Ser tan diestro en once idiomas (muchos de ellos hablados en el Tercer Mundo) le daba una ventaja gigantesca por sobre otros dirigentes. Reportajes de la época dan cuenta de una facilidad de palabra y carisma que lo convertían en una figura entre cautivadora e interesante. Siguiendo diversos antecedentes, fue una especie de “canciller de las cosas vitales”, depositario además de las grandes esperanzas de la intelectualidad y artistas en orden ampliar los márgenes de libertad; algo extraordinariamente sensible para los 16 millones de habitantes de un país ubicado en el corazón de Europa. Su aura cosmopolita lo hacía un dirigente capaz

de adaptar la perspectiva dominante en el país a las nuevas circunstancias mundiales.

Hasta ahora no se han ubicado antecedentes que permitan fundamentar las motivaciones por las que no asumió formalmente el cargo de ministro de Relaciones Exteriores, función que desde 1975 hasta la implosión de 1989, ocupó Oskar Fischer. En términos especulativos puede señalarse que quizás era considerado muy joven, pues el comunismo tendió siempre a gerontocrizarse.

Lamberz viajó un par de veces a Cuba y departió con los hermanos Castro y otros líderes de la Revolución Cubana, aprovechando para conocer a otros dirigentes latinoamericanos. Sin embargo, no tuvo gran sintonía, pues sus misiones no tenían necesariamente contenido ideológico, sino *raisons d'état*.

Se entendía con Estados. Se focalizaba en tratar materias militares, fomentar el comercio y ofrecer tecnologías *made in GDR*. Visitó 110 países. Uno de sus focos fue aquel que en la jerga marxista de los años sesenta y setenta denominaba *jóvenes estados nacionales*, es decir países africanos y asiáticos donde existía la posibilidad de abrirle paso al comunismo, aunque se mantuviesen fuertes características locales. Eso lo llevó a extensas giras por Asia, África y países árabes.

Fue justamente en uno de éstos últimos, en Libia, donde se encontró accidentalmente con la muerte. Pese a su deceso, las bases ya estaban puestas y el proceso siguió avanzando con velocidad inusitada.

La cúpula persistió en su gran objetivo estratégico, alcanzar la *Eigenständigkeit* por la vía de una sociedad socialista desarrollada.

La bizarra simpatía de Honecker por el Chile *allendista*

Paralelo al despliegue por el Tercer Mundo, la cercanía con América Latina fue natural; consustancial. En ese marco, el Chile *allendista* podría ayudar. Con ellos se había desarrollado una relación cada vez más estrecha. Ya no sólo con espesor político, sino personales y familiares.

A los pocos años de haber dado el cuadrillazo a Ulbricht, se había producido un hecho muy fortuito. Honecker pasó a tener un nexo muy cercano con Chile. Su hija Sonia había consolidado su relación de pareja con un antiguo estudiante chileno (y posterior exiliado), llamado Patricio Yañez, quien había retornado subrepticamente a Chile poco antes de 1973. Dispositivos de seguridad germano-orientales retomaron contacto con él y lo trasladaron nuevamente a Alemania oriental, donde la relación con Sonia Honecker prosiguió.

En 1974, ambos tuvieron un hijo, Roberto, quien fue el primer nieto del jefe de Estado. Roberto se convirtió en objeto de una felicidad personal extrema de Erich Honecker.

Este acontecimiento indica cómo se fueron entrelazando cuestiones fortuitas. Desde los lejanos años cincuenta y sesenta con acercamientos menores, circunstanciales y acotados, hasta asuntos políticos de mayor envergadura, combinados con temas personales y familiares. En esta sucesión de encuentros bizarros entre ambas partes, 1973 tiene un significado muy fuerte.

Aquel año se produce un asunto de extraordinaria envergadura política, que da a la relación Chile/RDA un carácter compacto, sólido y profundamente contextualizado en la Guerra Fría.

Inmediatamente después de producida la destitución de Allende, Berlín oriental optó por involucrarse en la espectacular operación de rescate del Secretario General del Partido Socialista chileno, Carlos Altamirano, a través de la Stasi, poniéndolo a salvo en Europa.

De las escasas referencias contrastables, sobresale la de Markus Wolf, el mítico hombre que encabezaba la inteligencia germano-oriental.

Altamirano y otras personas fueron sacados del país mediante una compleja situación operación que incluyó barcos de carga y transporte terrestres en la cual tomaron parte catorce agentes de la Stasi.

Tal impacto en la confrontación global tuvo esta operación germano-oriental que, meses más tarde, la KGB planificó una similar, la cual pudo haber sido aún más espectacular, rescatar a Luis Corvalán de la isla Dawson a través de comandos anfibios con base en submarinos en alta mar.

El propio Corvalán se refirió en varios de sus libros de memorias a este episodio.

Citando al general Vladimir Konstantinovich Tolstikov, relata que problemas técnicos impidieron ejecutarla y, sólo tras esos imprevistos, optaron por negociar a través de los embajadores en la ONU e intercambiar a Corvalán por el poeta disidente Vladimir Bukovsky.

Corvalán jugaría posteriormente un papel central en el esfuerzo por entregar una versión comunista del derumbe de la RDA, a través de varios libros, incluyendo en ellos extensas conversaciones con Margot Honecker, durante su exilio chileno.

Los años del exilio *allendista* contribuyeron entonces a estrechar las conexiones políticas y a cimentar confianzas mutuas. Por eso, la elite en torno a Honecker consideró

que la maduración permitía dar un paso más. Podían ayudar también en la ofensiva externa; al menos parcialmente.

El lejano país andino hizo un aporte no menor a que la elite germano-oriental se sintiese parte orgánica del mundo. Como apunta Krämer, el Chile *allendista* (tanto en el gobierno como más tarde los exiliados) le entregó ciertos matices exóticos (*exotische Nuancen*) a la uniforme y gris sociedad germano-oriental.

Incluso cosas triviales que refuerzan la idea lo excéntrico como factor predominante.

Al interior del exilio chileno en la RDA, por ejemplo, apareció una figura extraña, que conviene verla en clave política, Dean Reed.

En la relación cultural del Chile de la UP con la RDA tuvo un papel tan importante como bizarro este *crooner* norteamericano de los sesenta, quien el uno de septiembre de 1970, tras criticar la política de Washington hacia América Latina, lavó una bandera norteamericana en el frontis de la embajada de su país en Santiago. Luego se integra a la campaña presidencial de Allende. Traba fuerte amistad con Víctor Jara y recorre con él varios países comunistas entre 1971 y 1972. Se asiló en la RDA al año siguiente.

Este extravagante baladista norteamericano fue visto por Berlín oriental como pieza útil en su diseño de oxigenación relativa de la vida cultural juvenil. En 1977 filmó allí (y parcialmente en Bulgaria) la película **El Cantor** dedicada a Víctor Jara.

Más tarde, en 1983, Dean Reed ingresó a Chile y actuó en diversas federaciones estudiantiles y sindicatos; un público que ya no guardaba recuerdos de anterior paso por Chile. De todas formas, fue expulsado por el gobierno militar.

En 1986, aparentemente víctima de una depresión, se suicidó ahogándose en el lago Zeuthener, cerca de Berlín.

Las circunstancias de su muerte nunca fueron aclaradas por el régimen de Honecker, el cual lo presentó como un trágico accidente.

Después de 1989 surgieron numerosas hipótesis, como haber sido asesinado por la Stasi después de manifestar su deseo de regresar a EE.UU., o por el Mossad por su creciente involucramiento en la causa palestina, etc.

Como se puede apreciar con este particularísimo caso, las simpatías bizarras fueron vitales en la cercanía de Honecker con ese apéndice del país, susceptible de denominar Chile *allendista*.

Por doquier se encuentran elementos subjetivos, marcados por una profunda emocionalidad política; cada uno con su gravitación particular. Incluso el frustrado matrimonio de Leonardo Yañez con Sonia Honecker cabe dentro de tales consideraciones.

La última espiral de fidelidades

De los hechos fortuitos y las circunstancias aleatorias se pasó con el paso de los años a cuestiones de cierto espesor, enmarcadas en las necesidades de la RDA.

Pese al agotamiento de las posibilidades comerciales visualizadas a inicios de los setenta, puede decirse que, hacia mediados de los ochenta, habían sido alcanzados con relativo éxito los dos objetivos centrales de su despliegue externo, legitimidad y poder asociado a una estatalidad propia.

Sin embargo, la primera -la legitimidad- se revelaría como algo falso e inconsistente en unas pocas semanas entre octubre y noviembre de 1989 -el *annus horribilis* de la RDA- al derrumbarse el Muro de Berlín. La segunda -las

capacidades estatales- se esfumarían un año más tarde, al derrumbarse las estructuras de la RDA y producirse la reunificación alemana.

Luego, la decisión de Erich Honecker de mirar a Chile como posibilidad de escape a la Justicia alemana y su consecuente solicitud de asilo, la relación encalló. Tocó fondo. La sucesión de emocionalidades (con ese sector apéndice de la sociedad chilena) pasó a convertirse en uno de los temas más serios de la transición chilena.

Aún más. Sus ribetes y complejidades indican lo transformaron en uno de los episodios más singulares, críticos y difíciles a que estuvo sometido un gobierno chileno durante todo el período de la Guerra Fría.

Pocas veces antes, Chile había debido afrontar cuestiones planetarias de tal envergadura. El involucramiento directo de países como Alemania y Rusia le puso un peso gravitacional, político, a algo que no pasaba de la emocionalidad.

La irrupción de Honecker en la embajada chilena en Moscú y su solicitud de asilo mostró dos facetas nítidas.

La primera, el contexto de la Guerra Fría que estaba culminando, representaba una incógnita a nivel global, que obligaba a prácticamente todo el planeta a redoblar las medidas de resguardo; a cerrar flancos de imprevisibilidad. Con Honecker en la embajada, Chile aparecía expuesto innecesariamente; se ubicaba en medio de un torbellino donde nadie podía visualizar, ni siquiera intuir, el desenlace definitivo. Eso podría tener costos gravísimos. Personeros rusos y alemanes lo insinuaron sin mucho miramiento.

La segunda faceta era de tipo doméstico. Ahí flotaba la emocionalidad del Chile *allendista* con la RDA. Una buena cantidad de ellos apoyaba la transición chilena, cuyo carácter era delicado, pactado y gradual. En la coalición

gobernante había una buena cantidad de antiguos exiliados en la RDA.

Era un sector importante, vital para la estabilidad. Ellos reclamaron la necesidad de actuar practicando un acto de fidelidad emocional. *Nibelungentreue*, como se señaló *ut supra*, utilizando la expresión *wagneriana*. Reiteraban estar dispuestos a devolverle la mano a quien décadas atrás había mostrado una actitud generosa para con ellos.

A miles de chilenos, principalmente socialistas y comunistas, se les había ayudado de manera innegable en términos materiales. La RDA había montado una verdadera política de Estado para atender los problemas de inserción de los millares de refugiados repartidos por prácticamente todas las ciudades germano-orientales. Honecker les facilitó en la capital una cuasi oficina consular, llamada Chile Antifascista, CHAF. Por ese intermedio, el régimen estuvo presto a atender las necesidades más disímiles. Un ejercicio lleno de convicciones.

Fueron, en síntesis los sobrevivientes del Chile *allendista* -integrados en el proceso de transición- quienes protagonizaron una nueva vuelta de mano hacia Honecker, pagando con el otorgamiento de refugio a él y su esposa la última deuda inserta en esta espiral de fidelidades emocionales -*Nibelungentreue*.

Finalizaba así una cadena de excentricidades, emocionalidades, encandilamientos. Todo un conjunto de implicaciones políticas, con clara dinámica bi-direccional. Conductas y apreciaciones que escapan al discernimiento racional.

Notas

[1] Kowalczyk se ha preocupado insistentemente en divulgar sus puntos de vista a través de libros, sino de medios de comunicación, sitios de internet y redes sociales. Ilustrativas son sus entrevistas, todas fácilmente accesibles, en Deutschlandfunk (<http://www.deutschlandfunkkultur.de>), norddeutscher Rundfunk (<http://www.ndr.de>), (<http://www.ardaudiothek.de>), westdeutscher Rundfunk (<http://www1.wdr.de>), radio Antena de Brandenburgo (<http://www.antenne-brandenburg.de>) y otros.

[2] Honecker nació en Wiebelskirchen, Saarland, en una familia minera. En su juventud ingresa al grupo ultraizquierdista Espartaco y luego a la Juventud Comunista. Entre 1930 y 1931 permanece en Moscú estudiando en la escuela del PCUS. En 1947 se casa con la dirigente comunista alemana Edith Baumann, con la que tiene una hija, Erika. En 1955 se divorcia de ella en medio de un escándalo en el que interviene el propio Walter Ulbricht, y contrae matrimonio con una funcionaria comunista dieciocho años menor que él, Margot Feist, con quien había tenido una hija (Sonia) en 1951. Feist fue luego promovida a ministra de Educación y Cultura de la RDA. Datos biográficos de ambos in extenso en Martin Sabrow y Petra Weber.

[3] Nacido en 1929 en Mayen in der Eifel, tuvo una infancia marcada por aspectos contradictorios, como ser hijo de un dirigente del Partido Comunista alemán, Peter Lamberz, pero que combatió por los nazis hasta que logró huir a la URSS. El niño Werner permaneció con la madre en Sonthofen, donde asistió a una escuela de elite del régimen nazi, llamada Adolf Hitler. Fue una decisión preventiva de la madre para adaptarse a las circunstancias imperantes. Incluso se integró a grupos de la juventud hitleriana y tras la muerte de su madre en 1945, se trasladó Lückenwalde -zona de ocupación soviética- donde vivía su padre, ya retornado desde la URSS. Allí estudió técnico en calefacción y en 1947 ingresó a la juventud comunista, cuya denominación oficial era Juventud Libre Alemana (Freie Deutsche Jugend, FDJ). Allí destacó rápidamente por sus dotes organizativas. Luego fue promovido al PSUA, iniciando una meteórica carrera. Entre 1950 y 1952 estudia en la Escuela Superior del PSUA en Gut Schmerwitz y poco más tarde a la Escuela Superior de la juventud del Partido Comunista de la Unión

Soviética (Komsomol) en Moscú. A su regreso fue responsable (Referent) para Agitación y Propaganda de la FDJ y luego enviado a Hungría como representante de la RDA ante un organismo multilateral de los partidos comunistas del mundo, llamado Federación Mundial de la Juventud Democrática. A su regreso en 1959 asumió como responsable de las relaciones internacionales de la FDJ y ocupó cargos en el partido y en organismos satélites del régimen, como la Sociedad de Amistad con África, el Consejo por la Paz y, a la par, legislador de la Cámara del Pueblo. En todos sobresalió por su simpatía personal, trato y dotes de liderazgo. En 1967 se integró al Comité Central y en 1970 al Politburó. Se convirtió en el principal operador del complot que derrocó a Walter Ulbricht y entronizó a Honecker en 1971. La problematización de las sucesiones en el poder en los regímenes comunistas en Ivan Witker, “Mare crisiium: complots y conspiraciones como mecanismo político para el relevo de cúpulas en los regímenes comunistas”, *Relaciones Internacionales* 27, n° 55 (2018): 78.

Stelkens ha escrito la que probablemente sea la reflexión más acabada respecto a la complejidad de la sucesión en los regímenes comunistas y centró su atención en la RDA, específicamente en la transición de Walter Ulbricht a Erich Honecker. Destaca el papel preponderante de Lamberz, indicando que fue él quien hizo un viaje secreto a Moscú a fines de abril de 1971 con la finalidad de pedir la venia del Kremlin para proceder a la destitución de Ulbricht. El texto es extraordinariamente rico en detalles respecto a cómo obró el complot en su totalidad. Jochen Stelkens “Machtwechsel in Ostberlin”, *Vierteljahrhefte für Zeitgeschichte*, Institut für Zeitgeschichte, Heft, n° 45 (1997), 513, 531 y 532. Thomas Kunze y Martin Sabrow también analizan in extenso la caída de Ulbricht.

En marzo de 1978, Lamberz, a la cabeza de una delegación compuesta por cuatro funcionarios de los ministerios de Defensa y Comercio Exterior llega a Trípoli, Libia con una agenda muy relevante, mediar en la crisis libio-etíope (ambos aliados de la RDA) y firmar millonarios acuerdos para proveer de equipamiento militar a ambos. Como era usual, Muammar al Gaddafi no lo esperaba en la capital, ya que solía retozar en un campamento en el pleno desierto en Wadi Suf al-Jin. Lamberz abordó el enorme helicóptero presidencial Super Frelon producido por la francesa Aérospatiale, considerado el más potente y seguro de las industrias eurooccidentales de aeronavegación. Era el favorito de Gaddafi. Transcurridas tres horas de reuniones de trabajo, Lamberz, inesperadamente para Gaddafi, decide no pernoctar

en el campamento y anuncia que tomará el helicóptero de regreso a Trípoli con los mismos acompañantes con que había arribado. A las 21.30 horas, la nave se elevó sobre el campamento y al ir ganando altura, a aproximadamente treinta metros, un estruendo la transforma en una bola de fuego falleciendo todos los pasajeros en el acto. Con apenas 47 años de edad, Lamberz desapareció de la escena de la RDA. Una ánfora con su nombre fue depositada en el cementerio central de Friedrichsfelde.

Síntesis cronológica del caso Honecker

- 25.8.1912: nace en Neunkirchen (Saarland), Erich Honecker.
- 17.4.1927: nace en Halle, Margot Faust.
- 1972 (octubre aproximadamente), Sonia Honecker, hija del Secretario General del gobernante PSUA, Erich Honecker y de Margot Feist, ministra de Educación, entra en relación sentimental con el estudiante chileno y militante del Partido Comunista de Chile, Leonardo Yáñez.
- 1973 (probablemente abril): Leonardo Yáñez decide regresar a Chile tras finalizar sus estudios universitarios. A raíz de los sucesos de septiembre de ese año en Chile, el servicio de inteligencia de la RDA, a petición de Sonia Honecker, logra contactarlo en Santiago y traerlo de regreso a Berlín por vía marítima. La pareja contrae matrimonio y, al poco tiempo, Leonardo Yáñez es contratado como profesor en la Universidad Humboldt, mientras que Sonia en la Academia de Ciencias Sociales en Berlín. Ambos viven en un departamento ubicado en la Leipziger Strasse de la capital de la RDA. El primer hijo en común, Roberto Leonardo Yáñez Honecker nace el 11.11.1974.
- 1974: se crea en Berlín la oficina Chile AntiFascista (CHAF) destinada a solucionar problemas logísticos de

los exiliados chilenos. La entidad sirve además de alero a los partidos políticos en el exilio, principalmente partidos Comunista y Socialista.

- 1987: nace la segunda nieta de Erich Honecker, Vivian, hija de Leonardo Yáñez y Sonia Honecker. Pocos años antes, había nacido otra hija, Mariana, la que falleció por causas desconocidas.
- 1989: Leonardo Yáñez, Sonia Honecker y sus dos hijos se trasladan a Santiago. Poco tiempo después fallece la hija Vivian. El matrimonio Yáñez-Honecker se separa.
- 7.10.1989: Pese a las sucesivas manifestaciones que bajo el lema “Nosotros somos el pueblo” (*Wir sind das Volk*) habían comenzado tímidamente en Leipzig y que en los días previos se habían extendido a Berlín, Erich Honecker festeja el aniversario 40 de la RDA en el Palast der Republik. Entre sus invitados especiales figuran Volodia Teitelboim, Luis Corvalán y Clodomiro Almeyda.
- 18.10.1989: En medio de multitudinarias manifestaciones contra el régimen, Honecker es destituido de todos sus cargos. Diez días más tarde es destituida de su cargo ministerial, Margot Honecker.
- 25.10.1989: Turbas de manifestantes asaltan el barrio Wandlitz donde vive Honecker. Junto con su esposa Margot logra huir, aunque durante varios días se desconoce su paradero. Un mes más tarde, se confisca oficialmente su casa en Wandlitz.
- 3.12.1989: Erich Honecker es expulsado de las filas del partido gobernante, Socialista Unificado de Alemania (PSUA).
- 8.12.1989: La Fiscalía de la RDA acusa a Honecker de corrupción, abuso de poder y alta traición.

- 9.01.1990: Tras una operación en el hospital berlinés Charité, se le extirpa un riñón a Honecker. Al ser dado de alta, es arrestado y recluso en la cárcel de Rummerlsburg. Se le deja en libertad un mes después, por “incapacidad para enfrentar un juicio” (*Haftunfähigkeit*). Tras deambular sin destino fijo, el pastor luterano de la localidad de Lobetal, Uwe Holmer, lo acoge en su casa. Holmer había sido arrestado varias veces durante el régimen de Honecker y sus hijos impedidos de realizar estudios universitarios.
- 3.4.1990: Tras diez semanas en la casa del pastor Holmer, Honecker ingresa en busca de asilo al hospital militar de las fuerzas armadas soviéticas acantonadas en Belitz; más tarde, por decisión del comandante general de las tropas soviéticas estacionadas en Alemania oriental, general Boris Snetkov, es trasladado subrepticamente a Moscú, pese a protestas del gobierno de Bonn.
- 1.12.1990: La justicia de Berlín emite una orden de captura.
- 14.3.1991: El gobierno de Kohl entrega a la Unión Soviética una petición de extradición de Honecker.
- 15.4.1991: Volodia Teitelboim, en ese momento Secretario General del Partido Comunista de Chile, visita al matrimonio Honecker en el hospital militar donde se encuentran internados en Moscú.
- 28.5.1991: El matrimonio Honecker es trasladado a una casa de campo del gobierno soviético en las afueras de la capital soviética, donde ambos permanecen bajo arresto domiciliario.
- 4.9.1991: Llega a Moscú el ministro de Justicia de Alemania federal, Klaus Kinkel, a tratar con las autoridades rusas el caso Honecker. Solicita su entrega a la Justicia

alemana.

- 4.11.1991: El Ministerio de Relaciones Exteriores ruso le informa al matrimonio Honecker sobre la petición alemana de extradición y le notifica que su subrepticio traslado a Moscú (13.2.1991) constituyó un acto de violación de la soberanía soviética. Las autoridades soviéticas le solicitan que retorne voluntariamente a Alemania. Honecker se niega.
- 1.12.1991: La prensa alemana informa que el embajador chileno en Moscú, Clodomiro Almeyda, se reúne con los Honecker con cierta periodicidad. En sus encuentros estarían verificando posibilidades de trasladarse a Chile. Gobierno chileno reacciona diciendo que para su ingreso a territorio nacional Honecker necesita pasaporte alemán. El gobernante Partido Socialista chileno expresa al gobierno su preocupación por la situación personal de Honecker.
- 7.12.1991: El subsecretario de Relaciones Exteriores de Chile, Edmundo Vargas, declara que Chile no está en condiciones de ofrecer asilo a Honecker.
- 8.12.1991: Embajador Almeyda es llamado a Santiago por la Cancillería a informar sobre la “situación política en Moscú”; deberá presentarse en los próximos días. Trasciende la preocupación del gobierno chileno por reuniones sostenidas por él con Honecker en días previos.
- 10.12.1991: Los ministros de Justicia e Interior soviéticos y el Viceministro de Relaciones Exteriores de la Federación Rusa informan a Honecker de la orden de expulsión en un lapso de tres días.
- 11.12.1991: Se produce el ingreso de los Honecker a la embajada chilena. Según versión de Margot Honecker, ella y su marido asisten a una cena a la residencia del em-

bajador chileno en Moscú, Clodomiro Almeyda, cumpliendo una invitación formulada días antes, durante la cual su marido sufre un ataque al corazón. Su versión añade que se habría informado inmediatamente al gobierno chileno, el cual habría resuelto acogerlos temporalmente en calidad de “huéspedes”.

- 12.12.1991: Trasciende que Margot Honecker estaría haciendo gestiones ante las embajadas de Corea del Norte y Siria, en Moscú, para solicitar asilo; ambos países contestan positivamente, pero las autoridades rusas reiteran la prioridad de la petición alemana. Los Honecker deciden permanecer por tiempo indefinido en la legación chilena. Los partidos políticos chilenos toman postura ante la situación; la UDI critica accionar del embajador Almeyda y se opone al otorgamiento de asilo; PS y PC solicitan otorgar asilo inmediato y anuncian campaña en tal sentido. Todos los demás partidos manifiestan opiniones divididas.
- 13.12.1991: Aterrizan en Moscú un avión de Pyongyang para trasladar a Honecker al país asiático. Embajada norcoreana en Moscú pide los salvoconductos correspondientes. En declaración pública, los ministerios del Interior y de Relaciones Exteriores de Chile afirman que se ha decidido que Honecker permanezca en la embajada chilena en Moscú “hasta encontrar una solución satisfactoria al problema”. El embajador alemán en Santiago, Wiegand Pabsch, declara que la actitud chilena respecto a Honecker es “lamentable y preocupante” y pide oficialmente que “haga salir” a Honecker de la embajada. Klaus Kinkel señala que Alemania consideraría “un acto hostil” que Chile brinde asilo a Honecker. Almeyda, ya en Santiago, insiste en la necesidad de otorgar asilo a Honecker.

- 14.12.1991: Presidente Aylwin se manifiesta conforme con otorgamiento de calidad de huésped, pero descarta brindar asilo. El ministro Secretario General de Gobierno, Enrique Correa, niega que Chile esté sufriendo presiones de Alemania o Rusia. En declaración oficial, Erich Honecker indica que sólo pretende buscar visa de ingreso a Chile. El abogado de Honecker, Wolfgang Ziegler, anuncia que su cliente no volverá voluntariamente a Alemania. El Ministerio de Justicia alemán confirma que hay orden de captura internacional y que será detenido apenas pise suelo alemán. El Canciller ruso, Andrei Kozyrev, declara que la aceptación de la oferta norcoreana es la mejor solución a la impasse creada en torno a Honecker.
- 15.12.1991: Chile envía a Moscú al diplomático de carrera, James Holger, en calidad de embajador especial, y al político DC Roberto Cifuentes a Bonn como “emisario especial” ante el gobierno alemán. El embajador Almeyda se mantiene oficialmente en funciones, pero permanece en Santiago por petición expresa del Presidente Aylwin, “haciendo uso de sus vacaciones”. Comienzan especulaciones de que será removido de su cargo.
- 18.12.1991: El subsecretario de RR.EE., Edmundo Vargas, declara que la situación de Honecker “depende de Rusia, que lo deje abandonar el país con el destino que él prefiera”. La agencia TASS informa que según el Presidente soviético Mijail Gorbachov, “Honecker saldrá próximamente para Corea del Norte”. El ministro ruso de Justicia Nikolai Fyodorov declara al *Komsolmskaya Pravda* que si Corea del Norte le entrega a Honecker un pasaporte diplomático, éste puede abandonar Moscú, en caso contrario será arrestado.
- 19.12.1991: Embajador norcoreano en Berlín, Yin

Tong-Pak (o quizás Pak Yin-Tong) aclara que su país está dispuesto a asilar a Honecker por razones humanitarias, pero que no ha considerado entregarle un pasaporte diplomático.

- 28.12.1991: En declaraciones al *Berliner Kurier*, Margot Honecker dice confiar en que podrán recibir atención médica en Pyongyang y luego asilarse en Cuba. “No obstante -agrega- el mejor regalo sería pasar Navidad con nuestros amigos en Chile.”
- 14.2.1992: Ante deterioro de salud de Honecker, el gobierno alemán informa que acepta que sea trasladado a un hospital moscovita. Éste se niega a salir de la embajada sin declaración expresa sobre inmunidad. Personal de la embajada chilena debe hacer esfuerzos para vencerlo de la necesidad de que salga de la embajada rumbo a un hospital en las condiciones establecidas por Alemania.
- 19.2.1992: El viceministro de Relaciones Exteriores de Chile, Edmundo Vargas, declara que Honecker puede viajar a Chile, si Rusia acepta.
- 20.2.1992: El Presidente Aylwin confirma “gestiones personales” para solucionar caso Honecker, aunque se abstiene de entregar detalles.
- 24.2.1992: Tras intensas negociaciones entre Chile, Rusia y Alemania y escoltado por policías rusos, Honecker sale de embajada chilena rumbo a la clínica Botkin. A su salida hace un gesto demostrativo levantando su puño derecho; la imagen es capturada por los principales medios de prensa.
- 3.3.1992: Honecker abandona la clínica Botkin y regresa a la embajada chilena.
- 10.3.1992: El gobierno chileno confirma que el matri-

monio permanece en la legación diplomática con el estatus de “huéspedes”. Autoridades rusas deciden reforzar visiblemente la guardia en torno al edificio.

- 1.4.1992: Embajador Almeyda cesa definitivamente su responsabilidad al frente de la legación chilena. Holger asume la titularidad en embajada.
- 3.6.1992: Los tribunales de Berlín inician proceso contra Honecker según lineamientos de la fiscalía de noviembre de 1990.
- 29.7.1992: Autoridades del Ministerio de Relaciones Exteriores de Rusia reciben a Honecker de manos del embajador James Holger, siendo trasladado inmediatamente al aeropuerto Sheremetyevo, desde donde es conducido en un avión especial hacia Berlín-Tegel. En horas de la tarde, Honecker es ingresado a la cárcel JVA de Alt-Moabit, Berlín, con el prontuario N° 2955- 92. Se le acusa de 49 asesinatos en la frontera. Tras el acuerdo con el gobierno ruso, el embajador Holger le dio diez minutos para abandonar el edificio de la embajada.
- 16.8.1992: Informe médico final establece que Honecker padece cáncer hepático y es desahuciado, estimando los médicos tratantes que le quedan cerca de 18 meses de vida.
- 1.8.1992: Gladys Marín, recién asumida como Secretaria General del Partido Comunista de Chile, lo visita en la cárcel de Moabit en Berlin.
- 23.12.1992: Se le informa que será puesto en libertad en las próximas semanas y se le extiende pasaporte.
- 9.1.1993: Socialistas y comunistas que residieron en la RDA anuncian que “ante la inminente liberación” de Honecker han formado un Comité de Solidaridad con Erich Honecker con una cuenta bancaria para reunirlo

dinero; lo encabeza la abogada Graciela Álvarez. Semanas antes, antiguos amigos de Honecker forman en Berlín el Solidaritätskomitee Erich Honecker.

- 10.1.1993: El subsecretario del Interior, Belisario Velasco informa que Honecker puede ingresar a Chile sin problemas. Pese a insistentes rumores de prensa, niega que el gobierno vaya a financiarle tratamiento médico en Chile.
- 13.1.1993: Luego de un proceso que dura 169 días, la justicia alemana anuncia que Honecker por razones de edad será eximido de sus responsabilidades penales. Por la noche es conducido al aeropuerto de Tegel en Berlín para ser embarcado rumbo a Chile.
- 14.1.1993: Honecker despega a Santiago de Chile. A su llegada es internado de inmediato en la Clínica Las Condes. Posteriormente se instala en su domicilio particular en el barrio La Reina de Santiago.
- 8.2.1993: *Bild am Sonntag* informa detalladamente de la vida cotidiana de Honecker en Santiago.
- 13.4.1993: El caso Honecker es declarado cerrado por la justicia alemana.
- 29.5.1994: Honecker muere a la edad de 81 años producto de un ataque al corazón. La semana anterior había rechazado someterse a una nueva operación y los médicos tratantes lo habían declarado desahuciado. Su cadáver es cremado en el Cementerio General. Sus cenizas las mantiene en custodia su esposa Margot en su domicilio en Santiago. Se informa que no existen impedimentos legales para ser transportadas de regreso a Alemania. Semanas antes de fallecer publicó sus memorias bajo el título *Moabiter Notizen* (Apuntes de Moabit) en la editorial Das Neue Berlin. Desde el fallecimiento de Mar-

got Honecker, se desconoce el paradero de las cenizas de ambos.

- 1998: Nace en Santiago, Roberto Yáñez-Honecker Ibañez, hijo de Roberto Yáñez-Honecker, nieto del matrimonio Honecker. Poco antes había nacido una hija, producto de otra relación. Aparentemente no mantiene relación con ninguno de los dos.
- 8.10.2002: La revista *Focus* publica dos cartas de Margot Honecker a su hermano Manfred y hermana Edith, donde queda en evidencia que el matrimonio logró hacer transferencias de millonarias sumas de dinero hacia su hija en Chile. Las cartas fueron halladas en dos maletas del matrimonio abandonadas antes de ingresar al hospital militar soviético en Beelitz.
- 22.10.2002: La revista de reportajes *Exakt* publica un artículo firmado por Birgit Mittwoch en que informa que el martillero público (y antiguo militante comunista en Berlín occidental), Karl-Heinz Kaiser organizó entre 1994 y 1995 dos remates con objetos personales de Honecker donde habría reunido más de 400 mil marcos que se los envió a Chile de forma paulatina y por mano a través de un ex músico de la RDA llamado, Reinhold Andert.
- 18.5.2005: La prensa alemana informa que el “Ostseeland”, el antiguo yate de Honecker (confiscado tras su caída en desgracia y vendido a una sociedad maltesa) se encuentra semiabandonado y en venta en Estambul.
- 6.5.2016: muere en Santiago, Margot Honecker.
- 2018: medios de prensa informan que Sonia Honecker (Sonia Yáñez) viviría en Dresden.

Fuentes: Información aparecida fundamentalmente en El Mercurio (Chile), La Segunda (Chile), Qué Pasa (Chile), Der Spiegel (Alemania), Die Zeit (Alemania) y Focus (Alemania).

Glosario de las relaciones chileno-germanoorientales

Doctrina Hallstein. Denominación de un principio vigente en la formulación de política exterior de la República Federal Alemana (RFA) desde 1955 hasta comienzos de los 70 y que reclamaba para la RFA la representación única del Estado alemán en el sistema internacional (*Alleinvertretungsanspruch*). La apertura de relaciones diplomáticas de Chile con Berlín oriental, marca el hito definitivo declinante de su vigencia. Alemania Federal no rompió relaciones con Santiago tras abrir embajada en la RDA. Este principio formulado por el entonces secretario de Estado del Ministerio de Relaciones Exteriores, Walter Hallstein, advertía a aquellos países que reconocieran diplomáticamente a la República Democrática Alemana (RDA) con el rompimiento de relaciones. Así, por ejemplo, cuando Cuba fue el primer país del hemisferio que reconoció formalmente a la RDA el 12 de enero de 1963, la RFA reaccionó rompiendo relaciones con la isla caribeña. Anteriormente, en 1957 había sucedido lo mismo con Yugoslavia. La doctrina Hallstein perdió fuerza paulatinamente con el inicio de la *Ostpolitik* de Willy Brandt, quien consiguió suscribir importantes tratados con Polonia y la URSS y en 1972 uno con la RDA, denominado *Grundlagenvertrag*, el cual permitía al año siguiente el ingreso de ambas Alemanias a Naciones Unidas. En 1980, la tendencia al amplio reconocimiento

internacional tuvo un fuerte impulso al ser elegida la RDA miembro no permanente, por dos años, del Consejo de Seguridad de la ONU. La influencia de la doctrina Hallstein en los países latinoamericanos fue fuerte.

Krämer recuerda que durante la visita del Presidente del Bundestag (RFA) a Brasil en 1959, éste señaló: “lamentablemente se romperían nuestras relaciones con el Brasil, si este país las estableciese con la RDA”. Así reaccionó ante la idea del Presidente Janio Quadros de acercarse a la RDA. El propicio ambiente que reinaba en esos años en Brasil hizo pensar a los dirigentes de la RDA en la posibilidad de instalar un representante especial para América Latina. Incluso, una delegación parlamentaria brasileña, dirigida por el entonces influyente legislador Joao Dantas, viajó a Berlín oriental en 1961. Entretanto, parlamentarios de la Volkskammer de la RDA viajaron a Bogotá, Colombia, en 1965 y una delegación encabezada por el importante dirigente Gerald Götting visitó al año siguiente Colombia, Ecuador y Chile. Producto de estos contactos más bien acotados, en 1968, se inauguró el Planetario Carl Zeiss de Bogotá construido íntegramente en la ciudad de Jena, RDA. Igualmente este tipo de relación avanzó con México, país donde la RDA instaló una pequeña oficina comercial en 1967. Al año siguiente, la RDA tuvo una muy exitosa participación en las olimpiadas celebradas en ese país, ocasión que el gobierno germano-oriental aprovechó para organizar exposiciones culturales; en ese marco consiguió firmar sendos acuerdos entre la UNAM y la Universidad de Xalapa con la Universidad de Humboldt de Berlín y la Technische Universität Dresden, respectivamente. A partir de estos importantes episodios, los alemanes orientales comenzaron a familiarizarse con la literatura latinoamericana, pues editoriales de la RDA compraron los derechos para publicar ciertas obras literarias de interés político: Gabriel

García Márquez, Volodia Teitelboim, Carlos Fuentes y Julio Cortázar.

Ministerio de Seguridad del Estado (Stasi).

El *Staatssicherheitsministerium* fue fundado el 8 de febrero de 1952. Llegó a tener 91 mil funcionarios y 180 mil informantes, siendo el pilar del régimen policíaco. Dos elementos lo relacionan con el Chile *allendista*. Por un lado, la “extracción” del presidente del Partido Socialista de Chile Carlos Altamirano y su traslado sigiloso a Europa. Por otro lado, exilio chileno en la RDA no escapó a su monitoreo.

Inicialmente estuvo dirigido por Wilhelm Zeisser, quien combatió en la Guerra Civil española con el apodo de “General Gómez”. Se opuso a la línea staliniana en la RDA, cayendo en desgracia y muriendo en 1957. Fue reemplazado por Erst Wollweber (un antiguo militar y luego proveedor de armas del bando republicano en España), quien cayó en desgracia en 1957.

En ese año y hasta 1989 lo dirigió Erich Mielke (quien también participó en la guerra civil española) y fue miembro de varios grupos paramilitares del Partido Comunista alemán.

Simultáneamente ejerció como parlamentario. Su único discurso en la *Volkskammer* se produjo en medio del derrumbe de la RDA, fue breve y motivo de risas y burlas mientras lo pronunciaba; ahí dijo “los quiero, en realidad, los quiero, a todas las personas” (*ich liebe Euch doch alle*). Sede central de la Stasi estaba en Normannstrasse, en el barrio de Lichtenberg, el cual fue asaltado por turbas de millares de personas cuando cayó la RDA. La documentación de la Stasi fue finalmente recuperada y forma parte de una Oficina de Archivo General, abierta al público y a investigadores. La Stasi realizaba tanto las tareas de inteligencia interna

como externa y de contrainteligencia. Novelescas fueron sus acciones operativas (sistemática infiltración a gobiernos y ejércitos occidentales por medio de espías “Romeo” y “Julietta”), ejecutadas por la Administración Central de Espionaje (*Hauptverwaltung Aufklärung*), encabezada por el mítico Markus Wolf. Fue disuelta por ley en 1990.

Oficina Chile Anti-Fascista (CHAF). Organismo creado inmediatamente tras la llegada de los primeros exiliados a la RDA y cumplía varias funciones. Por un lado, resolver una enorme cantidad de asuntos administrativos (asignación de viviendas, dinero mensual para manutención, ubicación de espacios laborales, ayuda especial a grupos de artistas, elaboración de documentos de identificación para quienes carecían de ellos, gestiones de becas para estudiantes, etc., así como divorcios y disputas matrimoniales y todo tipo de cosas más bien prosaicas), e incluso temas “consulares”: delitos menores en los cuales se vieron involucrados algunos asilados o delitos políticos (como promover huelgas en algunas fábricas, desórdenes en los centro de acogida, fugas hacia Occidente de asilados desilusionados con el socialismo.

También, por otro lado, el CHAF fue una instancia de diálogo político entre el PSUA y los diversos partidos de izquierda chilenos. Los archivos de la Stasi revelaron que el órgano de inteligencia realizó labores específicas de control de seguridad sobre algunos exiliados sin que se haya conocido si los altos directivos del CHAF supieron de tales actividades.

Incluso aparece un episodio bastante bizarro, aparentemente ocurrido en 1979, al lograr la Stasi desarticular una célula de siete bolivianos, que habían llegados como exiliados chilenos y que poco después de su llegada a territorio germanooriental, habían declarado su adhesión a un par-

tido maoísta boliviano y se habían convertido en asiduos visitantes de la embajada de Albania en Berlín oriental.

El CHAF estuvo vigente hasta 1990 y sus directivos fueron básicamente antiguos funcionarios de la embajada de la RDA en Santiago. Este último asunto fue un detalle no menor, ya que el peso administrativo lo llevaban los funcionarios alemanes, debido al desorden con que los chilenos asumieron sus respectivos cargos directivos y que la Stasi registraba minuciosamente.

El CHAF tuvo su sede inicialmente en la calle Eginhard en el barrio Karlhorst y posteriormente en la Heinrich Mann del barrio de Pankow.

Partido Socialista Unificado de Alemania (PSUA).

Partido de gobierno en la RDA desde donde se impulsó el acercamiento hacia el Chile allendista. Dejando de lado los motivos bizarros y fortuitos que fueron gestando este acercamiento -examinados *ut supra*- dos son los únicos elementos medianamente objetivos que podrían haber alimentado en el PSUA tal interés.

Por un lado, la presencia en la cúpula del PSUA de varios antiguos combatientes alemanes en el lado republicano en la guerra civil y, por otro, un objetivo de política exterior que combinaba el principio marxista de “internacionalismo proletario” con los tintes cosmopolitas que deseaba impregnar Honecker en el modelo vigente.

En su cúspide estaba el Buró Político del PSUA, desde donde se controlaban los diversos órganos de poder en línea jerárquica hacia abajo. En el plano externo, la estructura partía por el Departamento Internacional del Comité Central (que reportaba al Buró Político), seguían más abajo, pero en un mismo nivel horizontal, el Ministerio de Asuntos Exteriores, la Comisión Estatal de Planificación

y el Ministerio de Defensa. Cada uno conectado por vías indirectas y separadas entre sí con el Ministerio de Seguridad del Estado (*Staatssicherheitsministerium*), la popular Stasi, que reportaba sólo al Secretario General del PSUA. Los institutos solidaridad dependían del Ministerio de Asuntos Exteriores, pero estaban integrados por personal periférico de la Stasi o directamente por agentes del servicio.

Índice de personas

Allende, Salvador 28, 29, 31, 33, 34, 42, 57, 58, 88
Almeyda Arroyo, Manuel 35
Almeyda Medina, Clodomiro 18, 20, 31, 34, 35, 66, 68, 69,
70, 72, 87
Altamirano Orrego, Carlos 35, 36, 57, 79
Andert, Reinhold 74
Arendt, Hanna 19
Axen, Hermann 30
Aylwin, Patricio 20, 23, 40, 44, 70, 71
Baumann, Edith 62
Becker, Wolfgang 51
Brandt, Willy 29, 77
Bukovsky, Vladimir 57
Carow, Heiner 49
Castro, Fidel 18, 55
Chrenko, Helma 39, 87
Correa, Enrique 70
Corvalán, Luis 32, 36, 57, 66, 87
Craxi, Bettino 33
Dantas, Joao 78
Del Carril, Delia 27
Feist, Edith 74
Feist, Manfred 74
Feist, Margot (ver también Honecker, Margot) 62, 65
Fischer, Oskar 55

- Frei Montalva, Eduardo 29
- Friedmann, Reinhold 39
- Fyodorov, Nikolai 70
- Gaddafi, Muammar 63
- Gorbachov, Mijail 9, 10, 70
- Gosche, Otto 29
- Götting, Gerald 78
- Hackethal, Eberhard 31
- Holger, James 70, 72
- Holmer, Uwe 18, 67
- Honecker, Erich 4, 7, 9, 10, 11, 12, 15, 17, 18, 19, 20, 21, 30, 32, 33, 34, 36, 37, 39, 40, 42, 43, 44, 48, 51, 53, 54, 56, 57, 59, 60, 61, 62, 63, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 81, 87, 88, 89
- Honecker, Erika 62
- Honecker, Margot 12, 17, 21, 57, 62, 65, 66, 68, 69, 71, 73, 74, 87
- Honecker, Mariana 66
- Honecker, Roberto 16, 36, 56, 65, 74
- Honecker, Sonia 16, 56, 59, 62, 65, 66, 74
- Honecker, Vivian 66
- Jähn, Sigmund 47, 53
- Jara, Víctor 31, 58
- Kaiser Karl-Heinz 74
- Kinkel, Klaus 67, 69
- Kirchhoff, Werner 28
- Kissinger, Henry 54, 88
- Kohl, Helmut 43, 67
- Kossok, Manfred 31
- Kozyrev, Andrei 70
- Krenz, Egon 11, 17
- Lamberz, Werner 51, 53, 54, 55, 62, 63, 64
- Leal, Alcides 29

Marín, Gladys 72
 Mielke, Erich 79
 Mittag, Günter 30
 Mittwoch, Birgit 74
 Neruda, Pablo 27
 Pabsch, Wiegand 69
 Pak Yin-Tong 71
 Palme, Olaf 33
 Papandreu, Andreas 33
 Pinochet, Augusto 17, 35, 37, 39
 Puccio Giesen, Osvaldo 28, 29, 34, 88
 Quadros, Janio 78
 Reagan, Ronald 10
 Reed, Dean 31, 58
 Schabowski, Günter 11
 Schmidt, Helmut 33
 Seibt, Kurt 29
 Snetkov, Boris 67
 Spindler, Harry 28
 Strauss, Franz-Josef 33, 39
 Sule, Anselmo 38
 Teitelboim, Miguel 28
 Teitelboim, Volodia 28, 66, 67, 79
 Tolstikov, Vladimir K. 57
 Trappen, Friedel 28
 Trudeau, Pierre Elliot 33
 Ulbricht, Walter 19, 26, 30, 52, 56, 62, 63
 Vargas, Edmundo 68, 70, 71
 Velasco, Belisario 73
 Werner, Paul 28, 32, 51, 54, 62
 Winzer, Otto 29
 Wolf, Markus 36, 57, 80, 89

Wollweber, Ernst 79

Yañez-Honecker Ibañez, Roberto 74

Yañez, Leonardo 18, 61, 67, 68

Zeisser, Wilhelm 79

Bibliografía

- Almeyda, Clodomiro. Reencuentro con mi vida. Santiago: Ediciones del Ornitorrinco Santiago, 1987.
- Bedürftig, Friedemann. Lexikon Deutschland nach 1945. Hamburg: Carlsen, 1996.
- Brown, Archie The rise and fall of Communism. New York: Harpers Collins Publishers, 2009.
- Chrenko, Helma y Reinhold Friedman. “Entrevista a Helma Chrenko y Reinhold Friedman: Estamos Dispuestos a Aprender del Capitalismo”. Entrevista por Ivan Witker. El Diario, 3 de noviembre, 1989
- Corvalán, Luis. De lo Vivido y lo Peleado. Memorias, Santiago: LOM, 1997.
- Corvalán, Luis. La Otra Alemania, la RDA. Conversaciones con Margot Honecker. Santiago: ICAL, 2000.
- Corvalán, Luis. El Derrumbe del Poder soviético. Santiago: Los Andes, 1993.
- Dietrich, Gerd. Kulturgeschichte der DDR. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2018.
- Dietrich, Gerd. “Erstaunlich, wie lange dieses Land existierte”, Hamburg (Alemania): Die Zeit, 22 de diciembre, 2018. <https://www.zeit.de/2018/53/kulturgeschichte-der-ddr-gerd-dietrich-historiker-forschung>
- Foucault, Michel. Microfísica del poder. Madrid: Ediciones de la Piqueta, 1980.
- Fraude, Andreas. Die Aussenpolitik der DDR. Erfurt: Landeszentrale für politische Bildung Thüringen, 2006.
- Huntington, Samuel. El orden político en las sociedades en

- cambio. Barcelona: Paidós, 2006.
- Kissinger, Henry. Orden mundial. Barcelona: Debate, 2016.
- Kowalczyk, Ilko-Sascha. Die Übernahme. Wie Ostdeutschland Teil der Bundesrepublik wurde. Frankfurt a.M.: C.H. Beck, 2019.
- Krämer, Raimund. “De una diplomacia desaparecida. La Política Exterior de la República Democrática Alemana y sus Relaciones con América Latina”. Estudios Internacionales 28, n° 110, (1995): 174-197.
- <https://revistaei.uchile.cl/index.php/REI/article/view/15328/20940>
- Kunze, Thomas. Staatschef a.D. Die letzten Jahren des Erich Honecker. Berlin: Links-Christoph-Verlag, 2001.
- Puccio Giesen, Osvaldo. Un Cuarto de Siglo con Allende. Santiago: Emisión, 1985.
- Roewer, Helmut, Stefan Schäfer y Matthias. Uhl Lexikon der Geheimdienste im 20. Jahrhundert. München: Herbig, 2003.
- Sabrow, Martin. “Erich Honecker. Der Repräsentant des Realsozialismus in der DDR”, in Sabrow, Martin y S. Schattenberg, editores, Die letzten Generalsekretäre. Kommunistische Herrschaft im Spätsozialismus. Berlin: Links-Christoph-Verlag, 2018.
- Seidler, Christoph. “Der leise Held. Nachruf ” en Der Spiegel, Hamburg (Alemania): 22 de septiembre, 2019. <https://www.spiegel.de/wissenschaft/weltall/sigmund-jaehn-nachruf-auf-den-ersten-deutschen-im-all-a-1288043.html>
- Stelkens Jochen. “Machtwechsel in Ost-Berlin” Viertelsjahre des Instituts für Zeitgeschichte München Heft, n° 45, (1997).
- https://www.ifz-muenchen.de/heftarchiv/1997_4_1_stelkens.pdf
- Weber, Petra. “Erich Honecker: Antifaschist mit Wachmeisterin”, Frankfurter Allgemeine Zeitung, Frankfurt a. M. (Alemania), 31.10.2016.

<https://www.faz.net/aktuell/politik/politische-buecher/martin-sabrow-schrei-bt-buchueber-leben-von-erich-honecker-14496069/erich-honecker-margot-feist-14505605.html>

Witker, Iván. “Mare crisiu: complots y conspiraciones como mecanismo político para el relevo de cúpulas en los regímenes comunistas”. *Relaciones Internacionales* 27, n° 55 (2018): 69-88. <https://revistas.unlp.edu.ar/RRII-IRI/article/view/5298/5386>

Witker, Iván. *Relaciones América Latina-República Democrática Alemana. Principios, antecedentes y perspectivas*. Santiago: Documentos de Trabajo, Programa de Seguimiento de Políticas Exteriores Latinoamericanas (PROSPEL), diciembre, 1988.

Witker, Iván. “El Caso Honecker, el Interés Nacional y la política exterior de Chile. Contornos y trasfondos de un problema interméstico”, *Estudios Públicos*, n° 105, (2007): 241-265. <https://www.cepchile.cl/cep/estudios-publicos/n-91-a-la-120/estudios-publicos-n-105-2007/el-caso-honecker-el-interes-nacional-y-la-politica-exterior-de-chile>

Wolf, Markus. *El Hombre Sin Rostro*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor, 1997.



Residencia de matrimonio Honecker
en la comuna de La Reina, Santiago.

HONECKER es un buen ejemplo a la hora de examinar el papel del individuo ante la historia.

Luego de ser destituido en 1989, uno de los vestigios más significativos de la Guerra Fría, se conectó de manera intensa con la transición chilena. Se instaló en calidad de huésped en la embajada en Moscú. Luego de numerosas vicisitudes, se trasladó a Santiago. Sabía que su salud era precaria. También sabía que, en el país que lo acogía, tenía amigos allendistas dispuestos a responder la espiral de fidelidades mutuas gestadas en los años sesenta. Una *Nibelungentreue* en el decir de Bernhard Fürst von Bülow. Una historia con trazos bizarros, extraños, fortuitos; algo caricaturescos.

Al igual que en **Don Juan y el Comendador**, su rostro adusto, hierático, asemejaba a una estatua. Emblema de otra época. Honecker terminó siendo el gran invitado de piedra al difícil camino que inició Chile hacia la democracia a comienzos de los años noventa. He aquí un sobrevuelo a sus peripecias finales y a las razones que lo llevaron a escoger este país. Reúne nombres y fechas; íres y venires de quienes algo tuvieron que ver en sus decisiones finales.

